

ELIPE SASSONE

IDALGO HERMANOS Y COMPAÑIA

DITORIAL ATLANTIDA

HIDALGO HERMANOS Y COMPAÑÍA

Imprenta Artística. - Sáez Hermanos. - Norte, 21 Madrid.

FELIPE SASSONE

Hidalgo Hermanos y Compañía

COMEDIA EN TRES ACTOS Y UN EPÍLOGO

ESTRENADA EN EL TEATRO DE LA LATINA DE MADRID



EDITORIAL «ATLÁNTIDA»
MENDIZÁBAL, 42.—MADRID

PERSONAJES

María Luz	María Palóu.
Nicanora	Pilar Jiménez.
Doña Filomena	Consuelo de Luna.
Francisco Hidalgo	Fernando Aguirre.
José Hidalgo	Teófilo Palóu.
Javier Hidalgo	Julián P. Avila.
El Padre Juan.	Ramón de la Mata.
El Señorito Alfredo	Manuel Káyser.
Miguel	Eduardo Moreno.
Don Mariano	Alejandro Navarro.
Feliciano	José Alburquerque.
Epaminondas	Rafael Benítez.
Antón	Enrique Navarro.
Director de la Rondalla.	N. N.

Los cinco hijos del Alcalde, Un Músico de la Rondalla mozos y mozas.

Banda, rondalla, pueblo.

La acción, en una pequeña ciudad de provincia castellana

El epílogo, en Madrid.

ACTO PRIMERO

Patio en la antigua casona de los Hidalgo. No es un palacio, sino más bien una casona de labradores; que tales fueron sus primitivos dueños. Y está enclavada, aislada, a la entrada del pueblo, entre éste y la estación y cerca de la carretera y de la iglesia. Paredes blancas. Zócalo de madera y algún friso de loza talavereña. Techo de vigas obscuras, y de madera las jambas de las puertas. Puerta al foro, por la que se ve el zaguán pequeñito y el portal que da a la calle. Cuando se abra esta puerta se ve un trozo de campo castellano, sin exagerar la nota de aridez. A la derecha del foro, un arcón antiguo. A la izquierda, pequeña escalera, de perfil al público, que conduce a una habitación alta, poco más de un metro de la escena. A la derecha, puertas, en primer y segundo término: la segunda da a la cocina; la primera, a las habitaciones interiores. Entre ambas puertas, chimenea, hogar, con campana hasta el techo. Frente a la chimenea, una mesa vargueña con un velón; tres sillones de vaqueta rodeando la mesa. En primer término izquierda, sesgado al vulgar modo escénico, un sofá de madera, ante la escalera, adosado al perfil de ella. Detrás del sofá, una pequeña alacena. En el rincón, entre la escalera y la puerta de la corraliza, un tinajón de barro con agua y un jarro de lata encima. Vasos y platos de Talavera, orzas, picheles y otros cacharros. En el zaguán, un farol de hierro y cristal. Una lámpara de hierro forjado, española, en cualquier parte. Luz eléctrica, que se encenderá en el otro acto.

ESCENA PRIMERA

Son cerca de las once de la mañana, en un día de julio. La NICANORA, especie de ama o criada de confianza, mujer de unos sesenta años largos, está trasladando desde una macona al arcón unas piezas de mantelería. Antes habrá sacado del arcón unas manzanas. Dentro se oye un ruido de colleras de una diligencia que se aleja, y las voces del Mayoral: "Riá, riá, Mariposa.... Arre, Galán, arre..., riá, riá..." En la puerta del zaguán, sin entrar, ANTON, oficial pregonero del Ayuntamiento, mozo de unos veinticinco años, cejijunto y basto, lanza un grito como un pregón.

ANTON.—¡De orden del señor alcalde...!

NICANORA.—Pero ¿vas a lanzar aquí el pregón, cacho e bruto?

ANTON. *(Sin hacerle caso.)*—¡De orden del señor alcalde...!

NICA.—Chist, condenao; que aunque no chillaras tanto, ya te entendería, ya...

ANTON.—Es y que vengo mandao,

NICA.—Pero pasa.

ANTON.—Güeno. *(Entrando.)* Güenos días.

NICA.—Por ahí debieras empezar. ¿Qué tripa te se ha roto?

ANTON.—Denguna. Vengo mandao, na más. *(Gritando.)* ¡Y de orden del señor alcalde!

NICA.—No tan de recio, acémila.

ANTON. *(Con voz natural.)*—Sí, señora. Y de orden del señor alcalde, y que diga don Francisco Hidalgo y que cuándo va a estar en su casa, que el señor alcalde y quiere venir a estar con él.

NICA.—Nada puede decirte mi amo; que fuese de pesca, como todas las mañanas, y aun no volvió. Pero no puede tardar.

ANTON.—Es y que vengo mandao.

NICA.—Pues aguarda que vuelva.

ANTON.—No me dijeron. Es y que vengo mandao.

NICA.—Pues, hijo, vuelves mandao, y dices que no está o que... Mira, aquí está ya el amo.

ESCENA II

DICHOS y DON FRANCISCO HIDALGO, por el foro. Es un viejo de la misma edad que Nicanora. Usa una barbilla rala, blanca, con algunos pelos negros, y el pelo, cortado al rape, blanquísimo. Habla lenta e intencionadamente, con dicción muy clara y voz de hombre

joven; pero sale con frecuencia de su mansedumbre habitual para exaltarse por muy breves instantes. Usa unas sencillas gafas de metal. Viste pantalón negro, camisa de pueblo y americana de alpaca, negra también; sombrero de fieltro claro, chico. Es pequeñito, pero robusto, y la tez curtida y roja, rebosa salud y fuerza. Trae sus arreos de pescador: caña y cesta

FRANCISCO.—¡Hola, Antón! ¿Qué te trae por acá?

NICA.—Viene mandao.

ANTON.—Sí, señor; vengo mandao.

FRAN. *(A Nicanora, entregándole los arreos de pescar.)*—Toma. No se dió bien hoy. Cuatro anguilas para el arroz. *(A Antón.)* Pues tú dirás, buen mozo.

ANTON.—Vengo mandao. *(Se pone la mano a guisa de bocina, y grita.)* Y de orden... *(Repara, asustado, en Nicanora, que se ha detenido para mirarle severamente, y prosigue hablando con el aliento, pero muy fuerte, como si quisiera gritar en secreto.)* Y de orden del señor alcalde, y que diga don Francisco Hidalgo que cuándo va estar en la casa, y que el señor alcalde quiere venir a estar con él. *(Nicanora se habrá ido con los arreos de pescar por la segunda derecha, y habrá vuelto, ya mediado el diálogo, para seguir su faena.)*

FRAN.—¿Antes de que llegue mi hermano?

ANTON.—Eso... *(Se rasca la cabeza.)* Yo vengo mandao.

FRAN.—Bueno, hombre, bueno. Pues dile al señor alcalde que si viene antes de las once, aquí me encuentra.

ANTON.—Sí, señor.

FRAN. *(Reparando en que Antón se queda perplejo.)*—¿No has oído?

ANTON.—Sí, señor.

FRAN.—Pues ve, anda.

ANTON.—Es que... y no he tenío lugar de aprenderme la razón.

FRAN.—¡Bueno! Que si viene antes de las once, yo aquí estoy. Que venga antes de las once. ¿Has entendido?

ANTON.—Sí, señor: que venga a las once.

FRAN.—Antes de las once, antes de las once.

ANTON.—Que venga antes de las once, sí, señor.

FRAN.—Sí, señor.

ANTON.—Pues entonces, allá voy. ¡Con Dios!

FRAN.—El te acompañe, bienaventurado estulto.

ANTON.—Sí, señor.

FRAN.—¡Adiós! *(Mutis de Antón por el foro.)*

NICA. *(Aparte.)*—¡Jesús, María y lo que le habrá dicho! *(Francisco va a sentarse a la mesa, primer término derecha.)* ¿Sabes a qué hora llegará tu hermano?

FRAN.—A las once y minutos.

NICA.—¿Viene con su esposa?

FRAN.—No; ella quedó allá, en Méjico.

NICA.—Y ¿es muy lejos?

FRAN.—Mucho.

NICA.—¿Más que los Madriles del rey nuestro señor?

FRAN.—Sí, Nicanora, más que los Madriles del rey.

NICA.—Pero ¿el rapaz, sí vendrá?

FRAN.—Mi sobrino, sí.

NICA.—¡A ver, por la cuenta que le tiene! Por la novia, por tu María Luz. En diez años que no vemos al José, el Javier, el rapaz, bien vino hasta tres veces por ver a tu hija. Y ahora te quedas sin ella, Francisco; nos quedamos solos; que cuentan y no acaban de los dineros que trae José, que trae montones de oro de las Indias y diz que pagarán tanto y cuánto al Padre Santo de Roma para que consienta en la boda de los primos. ¡Qué gran día va a ser! ¡Y lo que le bailarán a tu hija, con lo retepreciosa que es!

FRAN.—No me hables de ello, Nicanora.

NICA.—Pues ya puedes irte haciendo a que nos quedemos solos, que solos nos hemos de quedar, y si te hablo es que la misma alegría y la misma pena, así todo, junto y revuelto, que no sé cuál es mayor, tengo yo que tú tienes.

FRAN.—Calla, Nicanora, calla. *(Se levanta y pasea.)*

NICA.—¿O qué te crees? ¿Que no quiero yo a la María Luz como si fuera mi hija. Pues como su madre he sido; que fuera la tuviste y sin madre nos

la trujiste a la cuitada; y así como porfié y bregué sin conseguirlo con tu padre, ¡Dios lo haya perdonado y qué terco era el pobre!, porque te admitiera aquí con tu mujer, que una hermana hubiera sido para mí, cuando llegaste con la niña sola, pues como su madre fuí yo para María Luz.

FRAN.—No callarás.

NICA.—Y de ti, como una hermana, que mi hermano eres, que si no nacimos del mismo vientre, del mismo pecho nos criamos; que no fué tu madre, en gloria esté, sino la mía la que te crió.

FRAN.—Que esté en gloria también, Nicanora.

NICA.—Y allá nos aguarde lo que Dios sea servido mandar.

FRAN.—Y allá nos aguarde; pero no recuerdes más, que no es ningún plato de gusto. ¿Está María Luz?

NICA.—Esta mañana recibió otra remesa de librotes de los que el librero le encargó a Madrid, que no sé para qué los quiere, que el seso se le va a secar con tanta lectura.

FRAN.—María Luz es una señorita y debe instruirse; pero no te he preguntado eso, sino si está.

NICA.—Se fué a misa.

FRAN.—¿Hoy también? Se está dando mucho a la iglesia esa chica.

NICA.—¿Te pesa?

FRAN.—No; ¡allá ella! Compruebo tan sólo un hecho que no era corriente. Por lo demás, si le da

por ser religiosa, buena religiosa será; como será buena casada, si se casa.

NICA.—Que sí se casará, que por ella viene su primo Javier.

FRAN.—Pues por eso, tanto me da perderla monja como perderla casada.

NICA.—Pero ¿es que tan bien te va a sentar mal que se case con el hijo de tu hermano?

FRAN.—Como para tocar las castañuelas no es, Nicanora. Se la llevará a América, y habrá conflicto. Ya vienen, ya, mi hermanito José con no sé cuántos proyectos para los obreros; algo me ha comunicado en sus cartas, un montón de disparates escritos en indio, que ya hasta el castellano se le olvidó. Da grima ver la firma de Hidalgo debajo de tales sandeces.

NICA.—¡Jesús, cómo estás hoy!

FRAN.—¡Cómo he de estar! Todos los obreros andan revueltos con las noticias de José; éste se largará otra vez con su hijo y con mi María Luz, y yo, aquí, a hacerme otra vez cargo del taller. ¡Ah, pero no; eso sí que no; al taller no vuelvo ni atado; no, no y no!

NICA.—Bueno; no te hagas mala sangre antes de la hora. Aguardarás a tu hermano para almorzar.

FRAN.—No, señora; que yo no cambio mis costumbres. Venga lo que sea. Eso me alegrará.

NICA.—Pues no es como para alegrarse lo que hay. Legumbres que valieran, no encontré en el mer-

cado. Esperaba tu pesca, y ya ves lo que has traído. Te freiré las anguilas, un par de huevos como tú los quieras y ensalada.

FRAN.—Deja las anguilas para la noche; me las pones con arroz. Trae la ensalada, dos huevos crudos y medio limón.

NICA.—Voy ahora mismo. Te pondré una servilleta limpia.

FRAN.—Deja, deja: yo la pongo. *(Nicanora hace mutis a la cocina, y Francisco saca del arcón dos servilletas limpias y un par de manzanas; de la alacena, un cubierto, y se prepara él mismo la mesa. Vuelve Nicanora con lo que fué a traer, más un gran trozo de pan.)*

NICA.—Aquí tienes. Pero, ¡hombre de Dios!, ¿has cogido las manzanas de perfumar la ropa? Dame acá, que ya te traeré yo otras. Ahí tienes lechuga, patata y tomate, lo mejor que había. *(Vuelve a hacer mutis después de haber tirado las manzanas en el arcón. Francisco come en silencio. Nicanora vuelve con un plato de fruta. Se sienta en la silla que está a la derecha de la mesa, hacia afuera, frente a Francisco.)* Ahí tienes todo, y aquí me tienes a mí para que hables y no leas, que así te sienta luego lo poco que comes. *(Pequeña pausa.)* ¿Querrás unas lonchitas de jamón?

FRAN.—Sabes que hace ocho años que no como carne.

NICA.—Pues por eso te ofrezco jamón.

FRAN.—Que es carne, animal que fué vivo. No se come; pecado mortal.

NICA.—¡Pecado! Pero ¿qué estás diciendo?

FRAN.—Lo que oyes, Nicanora. ¿No tiene el hombre para alimentarse legumbres, cereales, pescado, frutas, huevos y leche? Pues ¿por qué comete la ingratitud de matar a la vaca y a la gallina? ¡Por gula! ¡Pecado capital! Sólo que para vosotros no hay más pecados que la ira y la lujuria, y los demás, la avaricia, la pereza, la gula, no cuentan. ¡Pues no, señora!

NICA.—Oye, oye, y los peces, ¿es que no son animales?

FRAN.—Para el buzo, sí; para mí, no.

NICA.—Pues no lo entiendo.

FRAN.—Pues yo sí. Para el buzo, que vive en el mar, que ese es su mundo, y ve a los peces en su madriguera y con su familia, sí; pero yo no los veo, y ojos que no ven, corazón que no siente. Mi medio vital es la tierra, y yo no puedo tener el criterio de un buzo. Para mí, el pescado es como un objeto de colores o de plata, que se puede freír y que sabe bien...

NICA.—Pues para los cazadores, las aves...

FRAN.—Los cazadores son de la raza de Caín, que fué el primer cazador que hubo. Y Abel fué pastor, y Cristo pescador, ¡hala!, y pescadores los doce Apóstoles, como yo. ¿A ver dónde has leído tú que Jesús matara ningún toro de un volapié?

NICA.—¡Ave María Purísima!

FRAN.—Tráeme la leche.

NICA.—¡Qué hombre, qué hombre! *(Le sirve leche en un vaso, de una cántara que habrá encima de la alacena.)*

FRAN.—¿Esa es toda la que hay?

NICA.—¿Quieres más?

FRAN.—No; lo digo por vosotras.

NICA.—Hoy no hemos ordeñado aún a la Pulida; pero tiene mucha.

FRAN.—Ya ves: ¿qué te parecería que matáramos a la pobre cabrita para comérnosla?

NICA.—¡Ay, no, animalito de Dios!

FRAN.—¡Ah! Pues todos son animalitos de Dios. *(Se levanta y pasa de derecha a izquierda para ir a la escalera.)*

NICA.—Entonces, nosotros que comemos vaca y jamón y cochinillo...

FRAN.—Vosotras allá con vuestra conciencia, y yo con la mía. *(Transición.)* ¡Ah! Para la noche quiero unas naranjas.

NICA.—¿Naranjas de noche? ¿Te prestarán?

FRAN.—Sí, señora; ¿por qué no? En el estómago es siempre de noche, ¿o es que te crees que sale el sol en el estómago?

NICA.—¡Ay, cómo estás hoy! ¡Pareces loco! *(Transición.)* Bueno; yo lo siento mucho, pero para la comilona de esta noche hay que matar unas aves; que tu hermano no es ningún herbolario como tú. Tú

dirás cuálas. Las dos gallinas negras están bien gordas y lucías.

FRAN.—Ni las negras, ni las blancas, ni la Pinta, ni ninguna; que ponen huevos para mí, y fuera mucha ingratitud.

NICA.—Pues tú verás.

FRAN.—Compra dos.

NICA.—Para eso tanto da matar dos de las nuestras y comprar otras luego.

FRAN.—Puesto en el trance de matar, prefiero que mueran dos forasteras; cómpralas, cómpralas. *(Empieza a subir las escaleras.)*

NICA.—¿Y matar un par de pollos? Los pollos no ponen.

FRAN.—¡¡Pero hacen poner!!

NICA.—Jesús, qué atrocidad!

FRAN.—¡Nada, nada! Los animales de mi casa no se matan. Podéis vivir tranquilos, y así os guarde Dios mucho tiempo, que lo que es por mí...

NICA.—Pero ¿qué dices?

FRAN. *(Desde lo alto de la escalera.)*—"¿Si os digo que os guarde Dios, bastante agrado no os muestro?" Compra, compra un par de gallinas, ¡asesina! *(Mutis por la escalera.)*

ESCENA III

NICANORA y MARIA LUZ, por el foro. Es una muchacha de veinticinco años, morena y ardiente, muy inteligente y muy bonita. Viene con su libro de devociones y un velito, que se quita apenas ha entrado en escena.

NICA. *(Para sí.)*—La Pulida, la pobre cabra, está mucho más cuerda. ¡Jesús, Jesús!

MARIA.—¿Volvió ya padre?

NICA.—Acaba de entrarse en su cuarto. De ti estuvimos hablando. Te nos vas, rapaza, te nos vas.

MARIA.—¡Ay, amita Nora!

NICA.—¡No suspires, que tienes más suerte...! ¡Hoy llega! ¡Hoy sale, hoy! Tío y suegro, todo junto, y lleno de onzas de oro, y un novio más guapo que todas las onzas. Verdad que todo lo mereces tú, cordera.

MARIA.—¿Tú crees...?

NICA.—¡A ver, como en Dios Nuestro Señor! Ea, vóime a comprar dos gallinas, que tu padre no quiere que se maten las de casa. Hasta ahora.

ESCENA IV

DICHAS y el SEÑORITO ALFREDO, que llega, con escopeta y morral, por el foro. Es un hombre elegante y joven.

NICA. *(Viéndole llegar.)*—Señorito Alfredo, buenos días.

ALFREDO.—Buenos días, doña Nicanora; buenos días, María Luz.

MARIA. *(Sentada en primer término derecha.)*—Muy buenos.

NICA.—Temprano salió usted hoy; ya le vi pasar, ya. Se ha hecho usted gran madrugador, ¿eh, señorito?

ALFR.—Y amigo de la caza, aunque sin rocín flaco ni galgo corredor. Fuí a soltarle unos tiros a las palomas, y al volver me cogía de camino esta casa...

NICA.—Y en ella es usted siempre el bienvenido, que como suya es, que ya pintada se la lleva usted en sus cuadros, señorito. Bueno; voy a cumplir un mandao, ¿eh? Buenos días. *(Mutis por el foro.)*

ALFR. *(Deja la escopeta apoyada en la puerta y se acerca a María Luz por detrás de ella.)*—¿No hay agua para un sediento, María Luz? *(María Luz se levanta, va a la tinaja, saca agua con un cazo, llena un vaso y se lo da sin hablar. Alfredo se lo bebe, y*

al devolverlo dice:) ¿Así? *(María Luz coge el vaso, lo lleva a la mesa y se vuelve a sentar donde estaba.)* ¿Sabes que me voy esta noche? *(Pausa.)* Estás decidida a no seguirme? *(Pausa.)* Mira, María Luz: esta situación no la he buscado yo; la ha traído el destino, y no me duelo de ello; pero no puede seguir así. Viniendo quien viene hoy, yo no puedo quedarme aquí en esta situación. Ni yo puedo hablarle a tu padre ahora sin arreglar mis cosas en Madrid, ni me decido a dejarte aquí, viniendo el otro. Si te decides, esta noche nos vamos. Si aun quieres pensarlo, yo puedo esperar un par de días más y...

MARIA. *(Sin mirarlo.)*—No espere usted.

ALFR.—¿Es que te quedas aquí con el que llega hoy, con tu primo, a quien no quieres?

MARIA.—A quien quiero con toda el alma, con toda la tristeza que tú me has puesto en el alma.

ALFR.—Yo quise poner alegría, María Luz; alegría de amor.

MARIA.—Pues no supiste; mi amor ya tenía dueño.

ALFR.—No lo ha parecido.

MARIA. *(Violenta.)*—Porque he sido tuya, ¿verdad?

ALFR.—Chist, calla; pueden oír.

MARIA.—Es verdad, pueden oír, y sería para morirme de vergüenza. *(Llora.)*

ALFR. *(Después de una pequeña pausa.)*—No me llores, María Luz, no me llores, que se me parte el

alma de verte llorar. Tú no puedes quedarte aquí. ¿Qué vas a hacer?

MARIA.—Eso es cuenta mía, que yo nada te exijo. ¿Qué puedes ofrecerme tú? ¿Tu nombre? Yo no lo quiero. ¿Para toda la vida contigo? Quita, quita.

ALFR.—¡Oye! ¿Es que mancho?

MARIA.—Es que no te quiero. Perdona, si yo no te culpo; si tú..., gran amigo de la caza, tuviste razón; pero yo no te quiero, no te he querido nunca.

ALFR.—Y yo no te creo, que pruebas tengo de lo contrario y quiero seguirlas teniendo, y porque quiero, porque te quiero, te digo vámonos de aquí. Ahora mismo yo no puedo casarme contigo...

MARIA.—Ni yo quiero.

ALFR.—¡Oh! No puedo por mil razones de posición, de familia; pero huye conmigo, vámonos y después...

MARIA.—No quiero oirte, vete.

ALFR.—Es que es incomprensible, María Luz. Ninguna mujer en tu caso diría lo que tú me dices.

MARIA.—Ninguna; yo, sí.

ALFR.—Pero, ¡por Cristo vivo!, ¿qué ha pasado por ti? ¡Tú no eres la misma!

MARIA. *(Levantándose, como sacudida por un resorte.)*—¡Ah, eso! No soy la misma. No fuí tampoco la misma, y a ésta, a mí, no me has tenido.

ALFR.—¡María Luz!

MARIA.—No, a ésta, no; ni a la de antes, ni a la de siempre; a la de aquel momento maldito, sí;

pero aquel momento, uno solo en mi vida, no era este ni aquella era yo. *(Pasa muy altiva de derecha a izquierda por delante de él.)* Inexplicable, ¿verdad? Si ya lo sé. A mil personas se lo contarías y las mil dirían lo mismo: que no puede ser. ¡Claro! Pero, Señor, ¿cómo ha de explicárselo nadie, si no me lo explico yo, yo?... ¿Alucinación, locura? ¡Qué más da! La explicación no importa, porque no habría explicación capaz de justificarme a mis ojos, ni yo quiero justificarme, que más asco tengo de mí misma que de ti.

ALFR.—¡María Luz!

MARIA.—No, no hay explicación; hay un hecho horrible y una resolución inquebrantable. Fuí un instante víctima de mis sentidos; pues... expiaré toda la vida, seré toda la vida víctima de mi sinceridad y de mi firmeza, de la firmeza que no supe tener.

ALFR.—¿Cómo discurres tú tanto, María Luz? ¿Dónde has leído todo eso?

MARIA.—¿Que dónde lo he leído? *(Volviéndose en el sofá sin levantarse.)* En mí, que desde aquella noche me miro y me remiro la conciencia, que no fué entonces, estoy segura, esta conciencia de ahora, que la de ahora no hubiera cedido ni volverá a ceder nunca.

ALFR.—Y ¿qué piensas hacer? Mentir, ¿no es eso? Engañar...

MARIA. *(Levantándose.)* — ¡Miserable! Confesar el hecho cuando tú no estés, y callar tu nombre. Por

eso quiero que te vayas. Vete, vete donde yo no te vea más. *(Pasa otra vez a la mesa.)*

ALFR. *(Va lentamente hacia el foro y coge su escopeta y dice desde allí:)*—Pues yo espero, María Luz, y cuando él te rechace, que te rechazará, acuérdate de mí.

MARIA.—Ese es mi mal: que no podré olvidarte.

ALFR. *(Queriendo avanzar.)*—¡Ah!, entonces...

MARIA. *(Levantándose y en voz muy baja, en la que vibra un odio inmenso.)*—Pero no como tú te piensas; que si de veras me quisieras y supieras cómo he de acordarme de ti, te morías de pena.

ESCENA V

DICHOS y el PADRE JUAN, por el foro. Es un cura viejecito, un santo varón, inteligente, limpísimo, amabilísimo.

PADRE JUAN.—La paz de Dios sea en esta santa casa.

MARIA. *(Corriendo a él como a un refugio.)*—¡Padre Juan!

P. JUAN. *(Después de haberse dejado besar la mano por María Luz.)*—Caballerito, ¿cómo tan mañanero? ¿Hoy no hemos ido a pintar, ¿eh?

ALFR.—Hoy de diversión, padre; unas palomas...

P. JUAN.—¡Chist! *(A María Luz.)* ¡Cómo se pondría tu padre si lo supiera! *(A Alfredo.)* ¿Y mi virgen?

ALFR.—Retocada y lista la tiene usted. Esta tarde se la enviaré, que me voy esta noche.

P. JUAN.—¿Ya nos deja? ¡Cuando vamos a tener fiesta por la llegada de Pepe Hidalgo, el rico tío de tan linda sobrina!

ALFR.—Me llaman de Madrid. He de ser jurado de una exposición. Me llevo en mis lienzos un buen recuerdo de este pueblo. Seis meses me he pasado en él, y me parece que en él viví toda una vida.

P. JUAN.—¡Seis meses ya! ¡Yo diría que llegó usted ayer! ¿Lo ha pintado todo? ¿Aquel templete natural, aquel macizo de árboles que parecen columnas de verdura, a la vera del río, junto a la presa del molino?

ALFR.—De aquello, tres cuadros. Y el cipresal, y todos aquellos herrenes que bajo el crepúsculo hacen tan bien. ¡Todo es tan fino de luz! Bendigo la hora en que llegué y maldigo aquella en que me he de ir.

P. JUAN.—No, joven, eso, no. No maldiga usted nunca, que es ofender a Dios. Partir es triste, sí, señor, y llegar, triste también, que es término y acabamiento; pero en el camino hay siempre sorpresas, y no conviene ofender a Dios maldiciendo ni excitar su enojo, para que Él, en su divina misericordia, nos haga llevaderas las penas del principio y del fin, del

partir y el llegar, y agradables y dulces las sorpresas del camino. *(Hay una pausa breve, que hace sensible un suspiro de María Luz.)*

ALFR.—Pues no maldeciré más, se lo prometo. Aun me despediré a la noche. *(Le besa la mano.)* A los pies de usted, María Luz. *(Mutis por el foro.)*

MARIA.—Vaya con Dios.

P. JUAN.—Simpático este Velázquez andariego, y tiene cara de bueno. *(Se oye arriba, hacia la izquierda, afinar un violoncelo.)*

MARIA.—Bueno usted, padre Juan, que de nadie piensa mal.

P. JUAN.—Y por eso no acierto nunca, ¿verdad? Pues no, niña, no; que ese refrán es pecado, y más vale equivocarse por pensar bien, que acertar por lo contrario. ¡Ay, ya está el santo varón de tu padre elevando a los cielos el alma, como todos los días! Tararari, tarararari... *(Cantando por lo bajo.)* ¡La serenata de Schubert! ¡Qué bonita es y qué recuerdos me trae! ¡De estudiante! Era yo muy romántico, hacía versos y ni pensaba en ser cura... ¡La música! ¡Qué encanto tiene este arte de maravilla, que no necesita palabras, ni imágenes, ni formas de la naturaleza visible, que escapa al juicio de los hombres y que se expresa en un lenguaje divino! "¡Ay, lo que prelados y obispos no pudieron de mí hacer", lo hizo en una tarde de dolor y desengaño, en la fresca y sonora paz de una iglesia, la voz de un órgano! ¡En fin! ¡¡Alabado sea Dios!!! *(Se persigna. Desde*

hace tiempo está sentado en la mesa de la derecha.) Ahora, este cura tragón, como todos los curas, reclama su vaso de leche.

MARIA.—No diga usted eso, padre.

P. JUAN.—Así dice el vulgo, hija, y, como todo el que generaliza, no acierta, que yo, ya se ve, soy el espíritu de la golosina; pero vengo de decir misa, y como no sé beber en ayunas, se me sube a la cabeza la sangre de Cristo, Dios me perdone, y leche más pura y más rica que la de esta casa...

MARIA.—Pues la Nicanora no está...

P. JUAN.—Entonces...

MARIA.—Pero ordeño yo misma a la Pulida.

P. JUAN.—No; eso, no.

MARIA. *(Cogiendo un cazo de la mesa.)*—Calle usted, si me divierto... *(Hace mutis por la corraliza.)*

P. JUAN.—Bueno, hijita.

ESCENA VI

El PADRE JUAN, leyendo su breviario. Por el foro, FELICIANO y MIGUEL, dos obreros con blusa. Aquél, de unos treinta años, y de veinte apenas, éste. Se quedan un momento en el umbral oyendo la música. El Padre Juan no advierte su presencia. Cuando acaba la serenata, aparece en lo alto de la escalera FRANCISCO HIDALGO. A su tiempo, MARIA LUZ por la corraliza.

FRAN. *(Reparando en los obreros.)*—¡Hola! Pero estábais ahí?

P. JUAN. *(Saliendo de su ensimismamiento.)*—¡Caramba!

FELICIANO.—Escuchando el son, don Francisco.

FRAN.—Vaya, el milagro de Orfeo.

MIGUEL.—Eso, no; que no somos fieras.

FRAN.—¿Eh? Pero ¿tú sabes...?

MIGUEL.—¿Que Orfeo adormecía a las fieras con la música? Y ¿por qué no había de saberlo? ¿Porque gasto blusa?

FRAN.—Bueno, hombre, bueno... Salud, Juan.

P. JUAN.—Dios nos la conceda a todos, Paco.

FRAN.—Pero pasad, pasad.

FELI.—Buenos días, padre.

MIGUEL.—Muy buenos días.

P. JUAN.—Muy buenos los dé Dios.

FRAN. *(A los obreros.)*—Pues vosotros diréis... *(Por Miguel.)* A éste no le conozco yo.

FELI.—Como que es nuevo y está en el taller ende que usté falta.

MIGUEL.—Miguel Borrero Ruiz, pa servirle.

FRAN.—Muchas gracias. *(Tendiéndole la mano.)* Francisco...

MIGUEL.—Hidalgo; ya sé que es usté don Fransisco Hidalgo, y fama tié usté de llevar con garbo el apellido.

FRAN.—¡Hombre! Pero sentaos, sentaos... *(Indica a los obreros los dos sillones, y él arrima una silla volante.)*

FELI.—Se agradece. *(Sentándose.)*

FRAN. *(A Miguel, que está de pie.)*—Siéntate tú también.

MIGUEL.—Después d'usté.

FRAN. *(Sentándose.)*—¡Vaya!

MIGUEL.—Ahora sí. *(Sentándose.)*

MARIA. *(Que sale con la leche.)*—Aquí la tiene usted, padre Juan. *(Reparando en los que están.)* ¡Ay!

FELI.—Buenos días, señorita María Luz.

MARIA.—Buenos días. Pero siéntense, siéntense ustedes. *(Por Miguel, que también se ha levantado. Va hacia la derecha a servirle la leche al Padre Juan, y su padre la interrumpe, diciéndole a Miguel:)*

FRAN.—Aquí, es mi hija. *(Presentándola.)* Miguel...

MIGUEL.—Borrero Ruiz, pa servir a usté.

MARIA.—Mucho gusto. Pero siéntense, siéntense. *(Al Padre Juan.)* Tibia está todavía, con su calor natural. La pobre cabrita parecía saber que era para usted. ¡Se dejó ordeñar más bien!

P. JUAN.—Pues Dios te lo pague a ti, y a la cabrita.

MARIA.—Con permiso, ¿eh?

MIGUEL.—Usté lo tiene.

FELI.—Vaya usté con Dios, señorita. *(Mutis de María Luz, por primera derecha.)*

FRAN. *(A Miguel.)*—Bueno, y tú... dispensa el tuteo; es por la edad, no vayas a creer...

MIGUEL.—Hábleme usté a su gusto, que las palabras no lastiman cuando es buena la intensión. ¿No es asín, padre?

P. JUAN.—Así es casi siempre, hijo, según sean las palabras.

FRANC.—¿Cuántos años tienes?

MIGUEL.—Veinte hise este disiembre.

FELI.—Y ya es jefe del taller.

MIGUEL. *(A don Francisco.)*—Porque usté no ha querido seguirlo siendo.

FELI.—Y a eso hemos venido, don Francisco: a que vuelva usté con nosotros, y aquí, éste, es el más empeñao.

P. JUAN. *(Intentando levantarse.)*—Bueno; yo...

FRAN.—No te vayas, Juan, que no vamos a tratar nada en secreto.

FELI.—No se vaya usté, padre.

P. JUAN.—Bien, bien; como ustedes quieran.

FELI.—El aquel está, don Francisco, en que éste, que es ahora por sus propios méritos jefe del taller, dice que él sabe el oficio; pero y que no lo sabe tan bien como usté, que toos le hemos dicho lo que era usté para nosotros y para...

MIGUEL.—Vamos a ver, don Fransisco, ¿por qué se ha ido usté del taller?

FRAN.—¿Tú no eres de esta región, verdad?

MIGUEL.—¡Digo! A la vista está: soy de Sevilla; sólo que fuí de aprendís a Madrí y luego me convine para ir a Barselona, y ayí... pos me disgusté porque no quise plegarme a un paro que me paresió injusto...

FRAN. *(Asombrado.)*—¡Ah!, ¿sí? ¿Te pareció injusto el paro? ¿Te parecen injustos los paros?

MIGUEL.—Cuando son injustos, sí, señor, que me lo paresen. Como debe de se. ¡Digo! ¿No e asín, padre?

P. JUAN.—¡Ah!, ¿para eso me habéis hecho quedar? Pues sí, hijo, así es; que no hay que ser levantisco y rebelde por sistema.

FELI.—¡Anda éste! Quince días lleva entre nosotros; pero ya tiene fama de cumplidor y de formal.

FRAN.—Ya se ve, ya.

MIGUEL.—Sí, señor. Que ni yo soy revolusionario, ni tengo malas purgas, ni me gusta regorvé na. De niño me pusieron a estudiá, y estudié y aprendí

de letra lo que puede sabé un joven de familia acomodá que no quié viví de su familia, y cuando en mi casa las cosas se pusieron malamente, aprendí un oficio y me hise herrero forjaor, armero y cuchillero. Y aquí estoy. Jefe me han hecho del taller y tengo ya en tan pocos días mucho oído desí y contá aquí de don Fransisco. Y por eso...

FRAN.—Un momento; has de saber primero que esta casa que ves y que es mía, es decir, medio mía...

FELI.—Pero si ya sabe, don Francisco...

FRAN.—Pero quiero enterarle yo. Que sepa mi historia, que sepa con quién trata, puesto que parece que hemos de tratar.

MIGUEL.—Eso quiero yo.

FRAN.—Pues bien. Yo, como tú, estudié, pues como soy el mayorazgo y había dinero, a Madrid me mandaron a estudiar, y en Madrid, siendo estudiante, me enamoré...

P. JUAN.—¿A qué viene esa historia, Paco, ni qué puede interesarle eso al muchacho?

FRAN.—Me interesa a mí contársela, y hasta me consuela oírmela.

P. JUAN.—Bueno.

MIGUEL.—Siga usté, siga usté.

FRAN.—En Madrid, siendo estudiante, me enamoré de la que después fué madre de esa señorita a quien acabas de ver.

MIGUEL.—Que es un caramelo, si usté me lo permite.

FRAN.—Te lo permito y te lo agradezco. Su madre era bailarina.

P. JUAN.—¡Paco, Paco!

FRAN.—Y era sevillana, como tú; y era honrada, como tú lo pareces; pero a mi padre—entonces ya no tenía yo madre—le pareció poco una bailarina, y me cortaron los víveres y yo dejé la carrera de Derecho, porque no había derecho a no trabajar cuando no comía la compañera. Tocando mi violonchelo por las noches en los cafés, que lo sabía de afición, y aprendiendo un oficio, tu oficio, viví. A la muerte de mi padre ya estaba yo solo con mi hija y con el recuerdo de quien me la dió, y nos quedó esta casa a mi hermano, que ya andaba por América y se había hecho rico, y a mí. Mi hermano compró este taller; fuí su socio industrial, lo monté y lo dirigí. Cuando las cosas vinieron mal en los años que siguieron a la guerra...

MIGUEL.—Perdonusté; porque usté, de lo que era taller de forja, herrería y cuchillería, quiso haser herrería y fábrica de puntas na más, eso, claro...

FRAN.—Eso también lo pagué, que resolví que trabajáramos...

MIGUEL.—Por un sistema cooperativo, sí, señor; a partir utilidades todos los obreros; si estoy en ello...

FRAN.—Pues bien; si ahora, cuando viene mi hermano de América, mi hermano, que es el único capitalista, yo me retiro del taller y no reclamo nada

y no me llevo nada, ¿me quieres decir qué es lo que ahora se pretende de mí?

MIGUEL.—Yo le agradesco a usté la confiansa de todo lo que me ha contao...

FRAN.—Que no te lo he contao a humo de pajas, sino para que supieras que esta casa la heredamos mi hermano y yo de mi padre, y no la compré con las utilidades de ese taller que ahora me reprocháis haber abandonado.

MIGUEL.—¿No se lo hemos de reprochar? Usté, no sólo ha dejao el taller, sino que dejó su Sindicato...

FRAN.—Que yo fundé, que yo inventé, porque aquí no sabían lo que era; bueno, no sabían, siguen sin saberlo.

MIGUEL.—Pero ahora, aunque reconosen que usté sabe trabajar, disen que es usté un desertor. Y eso no le conviene a usté.

FRAN.—Oyeme, óyeme, obrerito listo, que de veras me lo pareces, óyeme. Hace ocho meses los llevé yo mismo a una huelga de brazos caídos, que era indispensable, y que a alguien, como a ti la de Barcelona, le pareció injusta.

MIGUEL.—Aquella lo era.

FRAN.—Pues cállatelo, que a mí no me hace gracia oírtelo, y todo lo demás me hace gracia en ti.

FELI.—Pero la de aquí, don Francisco...

FRAN.—La de aquí era una cuestión de dignidad, y yo di mi dinero para que resistieran los que no

podían resistir. *(A Miguel.)* ¿Comprendes ahora por qué me he separado yo del taller? O mantengo los paros, o no hay paros, y pasan carros y carretas, y eso...

MIGUEL.—Eso es una cuenta pasá, don Paco. Yo sé que tiene usté jurao no volver al taller, y ahora que viene su hermano de usté, que es el capitalista y trae muchos proyectos, usté no pué quedarse fuera.

FRAN.—Pero como he jurado, y no se puede jurar en vano, ¿verdad, Juan?

P. JUAN.—Vaya, ya tardaban en consultarme. No se debe jurar, no; y menos, por una cosa así; para eso está la palabra de honor.

FRAN.—Pues esa es la que yo di.

FELI.—Y de esa, sí se puede uno volverse atrás.

FRAN.—¡Ah! *(A Miguel.)* ¿Lo estás oyendo? ¿Comprendes ahora por qué no puedo volver al taller?

MIGUEL.—Bueno, vamos a ver. Yo, sin su consentimiento, no quiero haser na. ¿Me deja usté que en cuanto llegue su hermano le diga yo, como cosa mía, que nesesitamos de usté?

FRAN.—Y eso, ¿por qué?

MIGUEL.—¿Me deja usté?

FRAN.—Bueno; pero yo...

MIGUEL. *(Levantándose.)*—Na más que eso, y tiempo al tiempo. Muchas grasias, y no cansamos má. Señó cura, usté me manda siempre.

P. JUAN.—Yo no mando a nadie, hijo; a mí me manda Dios para que os ayude a todos cuando sea menester.

FELI.—¡Padre!

P. JUAN.—Anda con Dios, Feliciano.

FRAN.—¿Quieren una copita de vino dulce?

FELI.—Se agradece, pero tan de mañana no me presta.

FRAN. *(A Miguel).*—¿Y tú?

MIGUEL.—Ni vino ni toros, y soy andaluz, ¡las cosas!

FRAN.—Yo tampoco bebo; pero lo tengo para los amigos.

MIGUEL.—Pos a mí con eso me basta: con ser su amigo de usté. Muy bueno días.

P. JUAN.—Id con Dios, hijos.

ESCENA VII

FRANCISCO HIDALGO, PADRE JUAN y, a su tiempo, MARIA LUZ.

FRAN. *(Que ha acompañado a los obreros hasta el foro.)* Ahí lo tienes. Esta es la juventud de ahora. *(Imitando a Miguel.)* A mí no me gusta regorvé na. *(Mirando a la puerta por donde se fué, con cierto*

rencor.) ¿No te gusta revolver? ¿Pues para cuándo lo dejas, hijo?

P. JUAN.—Tiene razón el muchacho.

FRAN.—No; ¡si que se la dés tú, que te vistes por la cabeza...!

P. JUAN.—¡¡Paco!!

FRAN.—Perdona; es que al principio me pareció que era algo ese joven, y nada, como todos. No sienten el proletariado. No tienen alma de proletarios. Son de congregación religiosa...: de San Vicente de Paúl o de San Policarpo no sé cuántos.

P. JUAN.—¡¡Paco!!

FRAN.—Y coquetean con Cristo y con todos los santos, pero no creen en ellos.

P. JUAN. *(Levantándose, muy enérgico.)*—¡Paco, digo! A ver cómo te atas la lengua, que ya me has ofendido dos veces, en mi persona y en mis creencias, y debieras suponer que tus blasfemias no pueden hacerme gracia, por muy graciosas que a ti se te antojen.

MARIA. *(Que sale por la primera derecha.)*—Pero ¿están ustedes riñendo?

P. JUAN.—No, María Luz; que no es mi misión en este mundo reñir con nadie. Reñir a alguien..., eso, sí, a veces, y reñía a tu padre, que se pone gracioso con los santos.

MARIA.—¡Ay, por Dios!

P. JUAN.—Pero no te apures; no iba más que a

cantarle la "Tosca": *Scherza coi fanti e lascia star i santi.*

FRAN.—Ya salieron los latines.

P. JUAN.—Que no son latines, ignorantón, presumido; que es italiano, y de ópera, de lo más mundano y más baratito: Juega con los muñecos y deja en paz a los santos.

MARIA.—Sí, padre; tiene razón.

FRAN.—Y tú, ¿se puede saber por qué te fuiste?

MARIA.—¡Como había visita!

FRAN.—Razón de más para que te hubieras quedado. Que admiraran la perla de la casa.

P. JUAN.—En eso ya no andas descaminado. Además, en todas las discusiones con los obreros debiéramos estar presentes esta y yo para dulcificaros. María Luz, con su gracia de madonna; yo, con mi mansedumbre evangélica.

FRAN. *(A María Luz.)*—¿Has puesto ya en la habitación que le destinamos a Javier, el retrato al óleo que te hizo don Alfredo Alcar?

MARIA.—Lo he roto.

FRAN.—¡Que has roto el retrato!

P. JUAN.—¿Es que no estabas bien?

MARIA.—Estaba demasiado bien, y como me daba rabia de verme tan bonita, como yo no soy, por eso lo he roto.

P. JUAN.—Malo. *Vanitas vanitatum et omnia vanitas.* Y ahora sí que son latines, don Francisco.

FRAN.—Después de todo, no seré yo quien la riña.

Pinta muy bien Alfredo, pero es cazador; "no haremos migas los dos".

MARIA.—¿A qué venían los obreros, padre?

FRAN.—A conquistarme.

P. JUAN.—Lo quieren otra vez en el taller.

MARIA.—Claro.

FRAN.—Y no; esto es cosa de mi hermano, que se lo ha escrito así a los capataces; como él no piensa quedarse aquí, le conviene que el patrono sea su familia, y así, si hay revuelta, ¡que yo pare el golpe! Pero ¡ca, no, señor! ¿El en Méjico y contigo, que te casarás con Javier y te irás con él, y yo aquí solo? ¡Eso, no, Maruchita; eso, no! Yo me voy contigo, y suegro tendrá tu primo, yo no te dejo, yo te sigo a todas partes y no me separo de ti.

MARIA. *(Muy tierna, yendo a sus brazos.)*—¡Padre!

FRAN.—Yo no me separo de ti, que eres mi orgullo y mi flor.

MARIA.—¡Padre, padre! *(Rompiendo a llorar en sus brazos con una gran congoja.)*

P. JUAN.—¡María Luz!

FRAN.—Pero, hijita, ¿qué es eso, a qué ese llanto? ¿Qué tienes?

MARIA.—Nada, nada, padre: emoción, nervios. Yo tampoco quiero dejarte... Yo tampoco podré dejarte. *(Sigue llorando.)*

FRAN.—No, María Luz; no me dejarás.

P. JUAN. *(Levantándose.)*—Vamos, vamos.

ESCENA VIII

DICHOS y, por el foro, DON MARIANO, el alcalde, cincuenta años, y su mujer, joven, guapa, que se llama DOÑA FILOMENA y viene muy llamativa, un poco ridícula, trayendo de la mano, en cadena, a sus cinco hijos: un niño de ocho años, otro de seis, dos niñas de cuatro y cinco años y un niño de tres

FILOMENA.—¿Da licencia el señor mayorazgo de los Hidalgo?

FRAN.—¡Comadre, compadre, chiquillos! *(Se saludan todos.)*

FILO. *(Besando a María Luz)*.—¡Preciosa!

P. JUAN.—¡Mi señora doña Filomena!

DON MARIANO.—¡Hola, reverendo!

P. JUAN.—¿Es a mí?

D. MAR.—¡A quién va a ser! *(María Luz, acariciando a los chicos, se los habrá llevado al sofá, donde los tiene.)* Aquí estamos ya la sagrada familia.

P. JUAN.—¡Hombre, sagrada!

FILO.—Por el número ya excede, ¿verdad?

FRAN.—Pero siéntense, siéntense.

D. MAR.—El reverendo no pasa por movimiento mal hecho.

P. JUAN.—Como que ni yo soy reverendo, ni éstos son sagrados.

D. MAR.—Pues a todos los ha sacado usted de pila.

P. JUAN.—No veo la consecuencia... Los he bautizado...

FILO.—Y para mí, sagrados son.

MARIA. *(A la Chica mayor.)*—¿Quieres unas frutas?

CHICA MAYOR.—Yo quiero ver a la cabita.

CHICA SEGUNDA.—Yo, camén; yo, camén.

D. MAR.—Estarse quietos, muchachos.

MARIA.—Déjelos usted.

D. MAR.—Molestan en todas partes.

FRAN.—No diga usted eso, compadre; si molestaran, ¿los iba usted a llevar a todas partes?

FILO. *(Por la Chica mayor, que muestra a don Francisco.)*—¿Ha visto usted qué guapa está su ahijada? Hoy estrena traje por la llegada de don José.

CHICA MAYOR.—Yo quiero ver a la cabita.

FRAN.—¡Quiere ver a la cabrita!

MARIA.—Vamos, vamos todos a ver a la cabrita y os daré frutas.

LOS CHICOS.—Sí, sí.

FILO.—No te molestes, María Luz.

MARIA.—¡Bah!, quite usted; si me entretienen. *(A los Chicos.)* Vamos.

D. MAR. *(Espantándolos, como si fueran pavos.)* ¡Hala, hala! ¡Estos niños! *(Los chicos hacen mutis con María Luz, por la corraliza.)*

FILO.—¡Ah!, y mi felicitación, padre Juan; estu-

vo usted estupendo en el sermón de anteayer, brutal, bestial.

P. JUAN.—¡Señora!

FILO.—¡Ay, perdone usted; la costumbre de la Corte!, ¿sabe usted? Estuvo usted celestial.

D. MAR.—Apologético.

FILO.—Apocalíptico, Mariano.

D. MAR.—Apodidáctico, eso es.

FILO.—¡Qué energía, qué fuego! Nadie lo diría, viéndole a usted tan manso y sonriente.

P. JUAN.—Soy un pobre pastor.

FILO.—No se haga usted el chiquito. Todos sabemos que está usted aquí por milagro. ¡A lo mejor, por castigo! ¡Que también habrá sido usted joven!...

P. JUAN.—Señora, pero ya no me acuerdo.

FILO.—He querido decir que es usted mucho párroco para esta parroquia. Latinista formidable, poeta, crítico de arte..., ¡y además le dicen a usted el santo del pueblo!

P. JUAN.—Bondad de las ovejas. Repito que soy un pobre pastor.

D. MAR.—Es usted un general.

P. JUAN.—¿Yo?

D. MAR.—Nada, nada; no se haga usted el chiquito, que dice Filo. No es porque sea usted el cura de mis dominios; pero como usted caen muy pocos en libra. Bueno, hombre, bueno. Pues desde ayer que quiero ver al compadre. Pero la sesión del Ayunta-

miento acabó a las tantas, y yo soy diurno, pero no nocturno.

FRAN.—¡Naturalmente!

FILO.—Mi marido ha decidido en el Ayuntamiento que se declare día de fiesta el de hoy para celebrar la llegada de don José Hidalgo.

D. MAR.—Del prócer, del padre de la provincia, del hijo ilustre que se reintegra, aunque no sea más que temporalmente, al seno de la patria. El prócer...

FRAN.—El prócer no tardará en llegar, que van a dar las once, y si no nos damos prisa...

FILO.—Un momento; a eso hemos venido; porque iremos a recibirle ahora mismo todos, ¿verdad? Pero yo quería que antes conocieran ustedes el programa de los festejos que yo he escrito.

D. MAR.—Que ella ha escrito bajo mi dictadura.

P. JUAN.—Vamos a ver, vamos a ver.

FILO.—Bueno; es un simple borrador; ya está entregado.

D. MAR.—Lee, Filomenita.

FILO. *(Sacando de su bolso un papel.)*—Programa; hum..., a las once...

FRAN.—¡Que ya son!

FILO.—Un momento. A las once, una gran comitiva, presidida por el señor alcalde, la familia, usted, el Ayuntamiento, etc., etc., todas las corporaciones, irá a la estación a esperar al ilustre viajero, y le acompañará a su domicilio, requiriéndole para

que desde el balcón de su casa reciba la bienvenida del pueblo y le dé a su vez la bienhallada.

P. JUAN.—Muy bien, muy bien.

FRAN.—Eso de la bienhallada me parece un hallazgo.

D. MAR.—Sigue, sigue, Filomenita.

FILO.—La famosa banda Pro Patria, gloriosa creación de este Ayuntamiento, amenizará el trayecto ejecutando el bonito pasodoble de los repatriados de "Gigantes y cabezudos".

FRAN.—¿El coro de los repatriados? Pero ¿si mi hermano no vuelve de la guerra?

D. MAR.—¡Vuelve de la lucha, vuelve del trabajo!

P. JUAN.—Muy bien.

FILO.—A mí me ha parecido lo más a propósito. ¿No llega don José Hidalgo? Pues música de Caballero. Para un Hidalgo, un Caballero.

P. JUAN.—¡Muy bien, muy bien!

D. MAR.—Al César, lo que es del César.

FILO.—A la una, gran almuerzo del Ayuntamiento, con asistencia, etc., etc.; a las cuatro, bendición...

P. JUAN.—¿Eh?

FRAN.—Eso es de tu negociado.

FILO.—Bendición de la calle del Progreso, a la cual se le cambiará el nombre.

D. MAR.—Un momento. Aquí ha habido discusión, y si es necesario que la haiga otra vez, que la haiga.

FRAN.—¡Que no la haiga, que no la haiga!

D. MAR.—Yo pensé que la calle se llamara así, a secas: "Calle de José Hidalgo".

FILO.—Pero yo me acordé de usted también. *(A Francisco.)*

FRAN.—¿De mí, señora? Yo...

FILO.—Nada, nada; si su hermano fué ilustre en el extranjero, usted lo es aquí. Yo propuse que la calle se llamara calle de Francisco José; pero pensando en que estas cosas se hacen para la posteridad...

P. JUAN.—Cayó usted en la cuenta de que la posteridad, al leer Francisco José, podía pensar en el emperador austriaco. ¡Muy bien, muy bien!

FRAN.—¡Hubiera sido poco patriótico!

D. MAR.—A mí se me ocurrió que se llamara calle de Hidalgo Hermanos; pero ésta dijo que eso era la muestra de una tienda.

FILO.—Y hemos decidido llamarle calle de los Hidalgo.

P. JUAN.—Que es el más bonito. ¡Muy bien, muy bien!

FRAN.—Sólo que me parece que será una calle desierta.

ESCENA IX

DICHOS y NICANORA en el foro, con dos gallinas. A su tiempo, MARIA LUZ y los CHICOS.

NICA.—Tengan muy buenos días el señor alcalde y la señora alcaldesa.

D. MAR.—¿Qué hay, Nicanora?

NICA.—Pues el camino de la estación que es talmente un herviero del gentío que va a recibir a José y a su hijo.

FILO. *(Levantándose.)*—Pero ¡ya! ¿Qué hora es, Mariano?

FRAN.—Las once y seis minutos.

NICA.—Están toos los balcones embanderaos. *(Hace mutis por la segunda derecha con las dos gallinas.)*

FILO.—¡Ay, vamos, vamos! Llame usted a los chicos, compadre. *(Viéndolos entrar en este momento, con María Luz, por la corraliza.)* ¡Ay, aquí están ya!

MARIA.—Vienen encantados con sus frutas.

FILO.—Ya te llega el novio, preciosa.

MARIA.—Pero ¿ya viene? *(Se queda como alelada.)*

FILO.—Vamos, vamos.

FRAN.—Vayan ustedes; en seguida llegamos nosotros. La estación está a un tiro de escopeta.

D. MAR.—Pero nosotros hemos de pasar todavía por el Ayuntamiento.

FILO.—Andad, muchachos; hasta ahora mismo, padre; hasta ahora, compadre; ¡ay, Jesús, qué trabalenguas! Padre, compadre; vamos, vamos.

P. JUAN.—Hasta ahora mismo.

D. MAR.—Vamos a recibir al prócer. *(Mutis por el foro el Alcalde, Alcaldesa y Niños.)*

FRAN.—¿Qué te parece?

Mi comadre, mi comadre la alcaldesa,
siempre en la mía, nunca en su mesa...
Y cada año me endilga un ahijado...,
¡ay, qué compadre tan afortunado!

P. JUAN.—¡Calla, calla!...

FRAN.—Tráeme el sombrero negro, hija, y el bastón. *(María Luz hace mutis por la escalera.)* ¡Qué te parece! ¡El prócer, porque ha reunido unos cientos de miles en Méjico, olvidando su acento y su España! ¡El prócer!

P. JUAN.—¡Paco, calla, calla!

NICA. *(Saliendo.)*—¡Ya vienen, ya vienen! Yo me voy a la Alameda, que han pasado ya la banda y la rondalla y los maceros del Ayuntamiento. *(Mutis por el foro.)*

FRAN.—¡Esa es otra! ¡El coro de los repatriados a mi hermano! Pero ¿por qué, Señor? ¿Viene de

Cuba? ¿Fué a la guerra? ¿Va a cantar zarzuela, rejinojo?

P. JUAN.—¡Calla, hombre!

MARIA. *(Saliendo.)*—El sombrero, papá; anda.

FRAN.—¿Tú no vienes?

MARIA.—No.

FRAN.—¡Llega tu tío, llega tu novio!

MARIA. *(Haciendo esfuerzos para contener el llanto.)*—No puedo.

FRAN.—Pero ¿qué tienes?

P. JUAN. *(Acudiendo.)*—Es la emoción, Paco; hazte cargo. Ella se queda aquí conmigo, que mis pobres piernas no están para estos trotes. Ve, ve tú.

FRAN.—Bueno, bueno. ¡Vamos a recibir al prócer! *(Mutis.)*

ESCENA X

MARIA LUZ, el PADRE JUAN y, a su tiempo, JAVIER HIDALGO.

MARIA. *(Rompiendo a llorar.)*—¡Ay, padre Juan de mi alma, qué va a ser de mí!

P. JUAN.—¿Cómo qué va a ser de ti? ¡Habrá tontina! Serénate, ten calma; comprendo tu emoción, pero no es para tomarlo así.

MARIA.—Es que no sé qué hacer, padre mío; es que... Estoy en una situación muy difícil.

P. JUAN.—¡Difícil! Pero ¿por qué, muchacha?

MARIA.—Si usted quisiera oirme, aconsejarme. Es el amor de mi vida el que llega.

P. JUAN.—¡Yo! ¡Ay, paloma, mal consejero buscaste! Viejo, que ya olvidó que fué mozo; humilde cura de provincia, de pueblo casi..., ¡qué sé yo de la vida ya! Pero, en fin, habla. *(Se sienta en un sillón, a la izquierda de la mesa.)*

MARIA.—Quiero hablarle al confesor, padre Juan.

P. JUAN.—¿Al confesor?

MARIA.—¡Padre Juan!... ¡Estoy en pecado mortal!

P. JUAN. *(Levantándose.)*—¡María Luz!

MARIA.—Confiéseme usted, padre.

P. JUAN.—¿Aquí, ahora? Pero ¿estás loca?

MARIA.—Estoy en pecado mortal, padre; no puedo recibir a mi novio así.

P. JUAN.—Pues ven a la iglesia, al templo de Dios. Aquí no puede ser.

MARIA.—Hace dos meses que voy todos los días, padre, siempre con la intención de confesarme; pero me moría de vergüenza. Y ahora, ya no hay tiempo. Yo no puedo recibir a mi novio así. ¿No dicen que Dios está en todas partes?

P. JUAN.—¡Cómo que dicen! ¡Está, niña, está!

MARIA.—Pues si aquí está, aquí confiéseme; aquí, pronto, que me muero de angustia, que no podré le-

vantar los ojos delante de mi primo, si usted no me absuelve. Y si Dios me oye...

P. JUAN. *(Muy enérgico.)*—¡Te oye, te ve! ¡Basta: de rodillas!

MARIA.—¡Padre!

P. JUAN.—De rodillas, y reza el "Yo pecador". *(María Luz cae de rodillas. El padre Juan, ya sentado, murmura una oración en voz baja y hace la señal de la cruz. Dentro se oye, muy lejos, casi como un ruido confuso todavía, el coro de los repatriados que toca la banda.)*

MARIA.—Yo pecador, me confieso a Dios, todopoderoso, y a la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel, los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo... *(La voz se ha ido apagando poco a poco, y el resto lo reza en voz baja. Mientras tanto, ha seguido aumentando la música interior, y al atacar ésta el compás 34, se levanta María Luz y dice:)* Ya llegan, ya no hay tiempo.

P. JUAN. *(Se queda un momento de pie, perplejo y como María Luz, y luego vuelve a exclamar, lleno de energía:)* ¡De rodillas! *(María Luz vuelve a caer de hinojos. El Padre Juan sigue hablando de pie.)* Te conozco y sé de qué pecados pudieras ser capaz... ¿Estás arrepentida?

MARIA.—Sí, padre Juan.

P. JUAN.—¿Arrepentida de corazón?

MARIA.—Con toda mi alma, padre; como si me fuera a morir.

P. JUAN. *(Mirando al cielo, con las manos juntas como en oración.)*—Ilumíname, Señor. *(A María Luz.)* Tu arrepentimiento me importa y no tu culpa. *(La bendice.) Ego te absolvo in nómine Patris et Fili et Spiritu Santo.*

VOZ DE JAVIER. *(Dentro.)*—¡María Luz!... ¡María Luz!...

P. JUAN. *(Levantando a María Luz.)* — Anda, anda, abrázale. *(María Luz corre al foro y cae en brazos de Javier, un hombre joven y guapo, que entra en ese momento.)*

JAVIER.—¡María Luz! *(Las dos figuras quedan abrazadas en el foro. Dentro, la música cesa en seco y se oye la voz de Antón, que grita.)*

ANTON.—¡Y de orden del señor alcalde, que viva el noble patricio don José Hidalgo!

VOCES QUE CONTESTAN.—¡Viva, Viva! *(Estalla dentro una ovación. Al cesar ésta, Javier se separa de María Luz y repara en el Padre Juan, que está rezando en primer término izquierda, de pie.)*

P. JUAN.—El pan nuestro de cada día...

JAVIER.—¿Qué hace usted, padre?

P. JUAN.—Dar gracias al Cielo, que te ha traído con bien. *(Yendo a él con las manos tendidas.)* ¡Y que sea para bien! *(La banda reanuda, fuerte, dentro la música, y cae el*

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero y en el mismo día, por la noche. En dos rincones, muy visibles, dos baúles roperos, altos, modernos. Convenientemente dispuesta, otra mesa pequeña, auxiliar.

ESCENA PRIMERA

Antes de levantarse el telón se habrán oído los últimos acordes de una rondalla, compuesta de ocho músicos: cuatro guitarras y cuatro bandurrias. Dirigiendo a los músicos está JOSE HIDALGO, español que ha vivido mucho tiempo en Méjico y que tiene el acento y el aspecto de la gente de aquel país. Cincuenta años, muy bien llevados. El pelo, negrísimo, tan negro, que las pocas canas que se mezclan en él brillan como plata. Bigote negro, grande, con más canas que el pelo, caído sobre los labios; las guías van también hacia abajo y son muy cortas. Es un hombre fuerte y brusco de movimientos. Ces, cedas y eses silban como si fuera una misma letra en la dicción apocopada. En el momento de levantarse el telón acaba de dar sus instrucciones.

JOSE. ¡Hora sí! Lo han tocao igualitito que allá. Tatarachunta, tatarachunta. *(Entonando la diana mexicana.)* Hora sí; ese era el punto flaco. Con que le metan fuerte a la diana, que es el triunfo, ya está bueno el jarabe.

DIRECTOR DE LA RONDALLA.—Por lo menos, dulce.

JOSE.—Hora; por eso se llama jarabe.

DIRECTOR.—Bueno, don José, y ¿cuándo empezaremos a tocar?

JOSE.—Horita, no más. Luego, luego que vengan el alcalde y su esposa. Lo esperan tantito, que horita viene.

DIRECTOR.—¿Cuánto?

JOSE. *(Indicando con los dedos.)*—Tantito.

DIRECTOR.—¿Cuánto es... eso, don José?

JOSE.—Pos media hora, ¿no?

DIRECTOR.—Entonces, si usted nos permite, vamos a dar una vuelta, que hoy están de bautizo en casa de Diego Arnáez, el capataz, y le prometimos ir un momento. Tocamos allí un par de bailes, y antes de media hora estamos aquí.

JOSE.—Pero ¡no pelen gallo!

DIRECTOR.—¿Mandaba usted?

JOSE.—Pelar gallo, en Méjico, quiere desir irse. ¡Hora! Digo que no se vayan para no regresar.

DIRECTOR.—No, señor; volvemos: prometido.

JOSE.—Está bueno; pero aguárdense. *(Llamando.)* ¡Paminondas!

ESCENA II

DICHOS y, por el foro, EPAMINONDAS, criado indio, en mangas de camisa, edad indefinible, dicción más apocopada y más silbante que su amo, humilde, melifluo, servil. Pómulos salientes, tez cobriza, pelo hirsuto, negrísimo.

EPAMINONDAS.—¡Jefesito!

JOSE.—¿Qué andaba usté hasiendo?

EPA.—Pos nada, jefe.

JOSE.—¿Qué cosa es nada?

EPA.—Nada, pos jefe. Estaba mirando la luna, que parese una rueda de plata.

JOSE.—Abra la mala de los festejos.

EPA.—¿Horita, jefe?

JOSE.—Horita. Abrala, le digo.

EPA.—¿Cómo no, pos jefe? *(Abre el baúl de la derecha, que aparece lleno de botellas de licor.)*

JOSE. *(A la rondalla.)*—Espérense. Horitita verán.

EPA.—Ya está, jefesito. Aquí tiene no más. Cervesa mejicana, dos equis y tres equis; tequila, champaña, guisqui, coñac. ¿Qué les parese?

JOSE.—Yo siempre viajo prevenido. Andelé, Paminondas. Sirva, pues.

EPA.—¿Qué sirvo, pos jefe?

JOSE.—Tequila para todos, ¿no? *(Epaminondas saca de la alacena ocho copitas.)*

DIRECTOR.—Lo que usted guste; muchas gracias.

JOSE. *(Coge el salero de la mesa, se vierte un poco de sal en el dorso de la mano y le pasa la lengua.)* Esto se toma así. Salú. *(Se bebe la copa de un trago.)*

DIRECTOR.—Salud. *(Pero apenas se ha llevado la copa a los labios, tuerce el gesto.)* ¡Ay!

UN MUSICO.—¡Uf! *(Y escupe la copa que había probado. Los seis músicos restantes no han bebido todavía.)*

JOSE.—¿Qué pasó?

DIRECTOR.—Es muy fuerte.

JOSE.—¿Qué hubolé?

MUSICO.—Esto abrasa las entrañas.

JOSE.—¡Ah, flojonasos! Póngales coñac, Paminondas. Andelé, apuresé. *(Mientras Epaminondas sirve coñac en otras copas, José se pasa las de tequila a su mesa.)*

EPA.—Ya voy, por jefesito. Tanto estar apurándome se me va a redamar todo.

JOSE.—Yo me las tomaré. ¡Yo no me rajo, que soy de Guanajuato! Salú. *(Se bebe otra copa de un trago.)*

DIRECTOR.—Salud. *(Toda la rondalla bebe a sorbitos.)*

JOSE.—¿Está bueno?

DIRECTOR.—Sí, señor; gracias.

JOSE.—¡Ya lo creo! *(Bebe otra copa.)* Muy Tres-iedras y un Tepeyahualco. *(Dándole una copa a paminondas.)* Tome, desgrasiao.

EPA.—Grasias, jefesito.

JOSE.—¡Salú! *(Bebe otra copa. A la rondalla.)* Ustedes no toman?

DIRECTOR.—Sí, señor; poquito a poco.

JOSE.—Andelé. Salú. *(Otra copa.)*

DIRECTOR.—Salud.

MUSICO. — Salud, señor don José. *(La rondalla caba sus copas.)*

JOSE.—Sírvales más, Paminondas.

DIRECTOR.—No, señor; más, no; no podríamos car. Más tarde, cuando volvamos

JOSE.—Bueno. Dos quedan. Andelé, Paminondas. na para cada uno. ¡Jalisco nunca pierde, y cuando ierde arrebata! *(Beben.)*

EPA.—Salú, jefe.

DIRECTOR.—Bueno; entonces... *(Queriendo des-edirse.)*

JOSE.—Esperesé. ¡Paminondas!

EPA.—Jefesito.

JOSE.—Abra la mala de los vegueros. *(Epami-ndas abre el baúl del otro lado, que aparece lleno cajas de puros.)* Ahí tienen, no más, colorado ma-ro, brevas, carunchos...

EPA.—Carunchos ya no hay, jefe: se volaron.

JOSE. — ¡Callesé, vasilador! Brevas, señoritas,

conchas, trabucos, fonsecas, bismarques y mari[s] guerreros.

DIRECTOR.—Muchas gracias.

JOSE.—¡Avansen!

DIRECTOR.—¿Mandaba usted?

JOSE.—¡Que saquen!

DIRECTOR.—No, señor; ¡no faltaba más!

JOSE.—¡Y deles, Paminondas!

EPA.—¿Qué les doy, jefesito?

JOSE.—Brevas.

EPA.—Horita. *(Da un puro a cada músico.)*

MUSICO.—Yo no fumo.

EPA.—Pos cómaselo.

MUSICO.—¡Hombre!

JOSE.—¡Paminondas! ¿Qué es eso? *(Al Músic[o.])* No quiso ofenderlo. Hay quien masca tabaco.

MUSICO.—Pues yo, no.

JOSE.—Y guárdeselo.

MUSICO.—Eso es otra cosa.

DIRECTOR. — Vaya, muchas gracias, y ha[sta] ahora.

JOSE.—Pero regresen, ¿eh? No se dilaten.

DIRECTOR.—¿Eh?

JOSE.—Que no se dilaten.

DIRECTOR. *(Muy asombrado.)*—Yo creo que

JOSE.—Hasta lueguito.

MUSICO.—Quede usted con Dios. *(La rond[a] hace mutis por el foro, seguida de Epaminondas.)*

JOSE. *(Sentándose ante la mesa de la derecha.)*—Vaya, vaya. *(Pausa.)* ¡Paminondas, Paminondas!

EPA. *(En el foro.)*—Jefe.

JOSE.—Cierre las malas. *(Epaminondas se va a llevar, antes de cerrar, la botella de tequila que está sobre la mesa.)* ¡Quite, desgrasiao, dejelá que le dé el aire, que ya estuvo mucho tiempo encerrada!

EPA.—¿Ya no tiene en la copa, jefesito?

JOSE.—Y véalo.

EPA.—No tiene. ¿Quiere más, jefe?

JOSE.—Pos ¿cómo no? Quiere se ha muerto y toma está vivo, y más vale un toma que dos te daré.

EPA.—Hora sí, por jefe. ¿En la copita chica o en la grandotota?

JOSE.—En la grandotota, so desgrasiao.

EPA. *(Después de haberle servido tequila en un vaso de los de agua, y después de haber cerrado los baúles.)*—¿Me da permiso, jefesito, para ir a ver la luna, que parese un queso de cabra?

JOSE.—Y vayasé a ver la luna que parese un queso de cabra y una rueda de plata.

EPA.—Horita vengo, pos jefe. *(Mutis foro.)*

ESCENA III

JOSE y FRANCISCO HIDALGO, por la escalera.

FRAN.—¿Se puede saber qué haces, querido he-
mano?

JOSE.—Aquí estoy vasilando solo.

FRAN.—¿Vacilando?

JOSE.—Matando el rato.

FRAN.—Pero ¿no tienes sueño, hombre de Dio
Has llegado esta mañana.

JOSE.—¿Y qué hay con eso? ¿Ayer sembraste
hora calabasitas?

FRAN.—¿De qué calabazas me hablas, queri
hermano?

JOSE.—Es un refrán. Que acabo de llegar y
quieres acostarme, pues hermano. ¡Y no! La gua
dia muere, pero no se rinde. Además, horita van
venir el alcalde y su esposa, a tomar la copita q
les ofresí. Ya vino la banda.

FRAN.—¿La banda?

JOSE.—Las guitarras y las bandurrias. Hice q
los convidara Paminondas.

FRAN.—E... E... Epaminondas. Hablar bien r
cuesta trabajo.

JOSE.—¡No cuesta! ¡Te creerás tú! Pos sí cuesta. ¡Y escribir, más!

FRAN.—Epaminondas era un general griego.

JOSE.—¡Qué general, ni qué coronel, ni qué doctor! Paminondas es mi sirviente, y Paminondas no más le digo. Lo mismo que mi mujer, allá en Méjico, cuando tomaba mi remedio y cuando iba a las carreras de caballos. Me quería haser hablar difísil. ¡Hipo, Epa! ¡Pos no, ¡caracho! Hasta que me muera diré podrómo, poposfitos y Paminondas. ¡Paminondas!

EPA. *(Saliendo por el foro.)* —¿Qué hubo, jefesito?

JOSE.—Nada, vayasé.

EPA.—Sta güeno, jefe. *(Hace mutis.)*

JOSE.—Pos sí, los convidé y les he enseñado el "Sielito lindo", y la "Sandunga" y el "Desterrao me fuí para el Sur" y "El jarabe".

FRAN.—Pero ¿es que vamos a estar de jarana esta noche?

JOSE.—¡Pos claro! ¡Hoy es el gran día! Hoy he regresado a la madre patria.

FRAN.—¡Valiente amor le tienes tú a la madre patria con ese acento!

JOSE.—¡Ah, chaparrito vasilador!

FRAN.—¿Eh?

JOSE.—¡Caramba, no te enojes! Chaparro quiere desir retaco, bajito. ¿Con qué asento quieres que hable después de tantos años mejicanos? Llegué con

don Porfirio y he salido con don Plutarco. ¿Cómo voy a hablar? Yo soy de donde estoy.

FRAN.—Que es la única manera de no ser de ninguna parte.

JOSE.—O de ser siudadano del mundo. Cuando fuí a Buenos Aires, fuí gaucho; ahora que viví en Méjico, soy charro.

FRAN.—Y eso sigues siendo: charro. No hay más que verte.

JOSE.—Pos claro; ¿no tengo hartas platas? Pos en Méjico me las gané y ¡viva Méjico nuestra madre! Allá, en Puebla, tengo mi casita. Allá está esperándome mi chapaneca. ¡Más chula...!

FRAN.—Pero ¿de quién estás hablando?

JOSE.—De mi esposa. Chapaneca, porque es bajita como tú, y chula que quiere desir linda. Allá tengo mis chamacos: Lupe, Nacho, Chucha y Chona.

FRAN.—Pero ¿qué idioma estás hablando, José?

JOSE.—Pos el mío, cristiano. Son los nombres de mis otros hijos: Guadalupe, Lupe; Nacho, Ignacio; Chucha, Jesusa, y Chona, Encarnación. Ahí están esperándome. Cuando se case María Luz con Javier, allá nos vamos todos.

FRAN.—Eso, no.

JOSE.—Eso, sí, y si tú quieres, yo abandono todos los proyectos que para ti traía y lo vendemos todo y te vienes con nosotros.

FRAN.—Gracias; yo no quiero ser charro.

JOSE.—Pos te quedas gachupín y te friegas.

FRAN.—Ni me friego, que no sé lo que quiere decir; ni acepto lo de gachupín, ni nada, José. Eso ya lo veremos.

JOSE.—Pues ya lo estamos viendo.

FRAN.—Es que...

ESCENA IV

DICHOS y MIGUEL, por el foro.

MIGUEL.—Muy buenas noches. ¿Dan ustés su permiso?

FRAN.—Pase usted.

JOSE.—¡Caramba!, ¿qué busca en esta casa el noble representante del proletariado?

MIGUEL.—En busca de los dos vengo, con una razón y un ruego.

JOSE.—Pos diga de qué se trata.

MIGUEL.—Como aquí, don Paco, ya sabe, hoy ha bautisao Diego Arnáez, el capatás más viejo del taller, a su último hijo, y el hombre, que hiso un poder muy grande esta mañana para ir a resibirle a usté, no quiere que s'acabe el día de hoy sin que los dos Hidalgo se tomen una copita con él y... *(Viendo entrar a los que llegan, María Luz y Javier,*

que vienen por el foro.) Buenas noches, señorita María Lú.

ESCENA V

DICHOS, MARIA LUZ, JAVIER, EPAMINONDAS y luego NICANORA.

MARIA.—Buenas noches, Miguel.

MIGUEL.—Buenas noches, caballero.

JAVIER.—Muy buenas, amigo.

FRAN.—¿Hasta dónde fuisteis, hijita?

MARIA.—Hasta la verja del cementerio.

JOSE.— ¡Caramba qué románticos! *(A Miguel.)* Se van a casar, ¿no sabes?

MIGUEL.—Sí; algo tengo oído desir...

JOSE.—Y vamos a pedir permiso al Papa, porque son primos. Pero yo pago; para eso tengo hartas platas...

JAVIER.—Bueno; yo, con permiso de ustedes...

JOSE.—Pero ¿dónde vas?

JAVIER.—Tengo mucho dolor de cabeza; estoy cansado.

FRAN.—¿Es que estáis de monos?

MARIA.—No, papá.

JAVIER.—Estoy cansado del viaje, nada más. Buenas noches, joven.

MIGUEL.—Usté descanse.

JAVIER.—Buenas noches, papá.

JOSE.—Flojo, en un día como hoy. Cuando yo quería que esta noche bailaras "El jarabe", que ya le enseñaste a María Luz en el otro viaje, para que lo viera el alcalde y su esposa.

JAVIER.—Estoy muy cansado, papá.

FRAN.—Déjalo, si él me jura que no ha reñido con María Luz.

JAVIER.—No, tío.

MARIA.—No, padre. ¿Por qué íbamos a reñir?

JOSE.—Pos andalé, no te nesesitamos. "El jarabe" lo bailas conmigo, sobrina.

MARIA.—Yo no bailo.

JOSE.—¿Cómo que no? Conmigo.

JAVIER.—Bueno; hasta mañana, tío; hasta mañana, María Luz *(Aparte a ella.)*, y mañana será otro día.

MARIA. *(Aparte a él.)*—Como tú quieras. *(Javier hace mutis por la escalera.)*

FRAN.—Usted dispense la interrupción, Miguel.

MIGUEL.—De nada, y vuelvo a lo mío. Pues que el pobresito Diego, que es un hombre de bien donde los haya, quiere que le honren ustés bebiendo una copita con él, y...

JOSE.—Hora pus hora, ques l'hora. ¡Paminondas! *(Llamando.)*

MIGUEL.—El alcalde y la alcaldesa están ahí, y como dijeron que luego vendrían p'acá, luego nos volvemos toos. Es un paseo y hase una luna...

JOSE.—Linda. Lo mismo parese un queso de rueda que una cabra de plata. ¿Vámonos, manito?

FRAN.—Hombre, yo...

MIGUEL.—Don Fransisco, sin haser de menos aquí a don José, en quien más interés tiene es en usté. Por lo mismo que se ha ido usté del taller y de nuestro Sindicato, la presensia de usté allí esta noche es un principio de asercamiento.

FRAN.—Pero como yo no quiero acercarme.

MIGUEL.—Debe usté. Mañana nos reunimos toos en asamblea, pa oír aquí los proyectos de don José, y usté no pué faltar.

FRAN.—Y mira por dónde voy a hacer lo que no se puede, que es faltar.

MIGUEL.—Usté no tiene motivo ninguno pa no ser amigo de Diego, que es una buena persona; a su casa pué usté vení, y mañana..., Dios dirá.

FRAN.—Yo diré que no.

MIGUEL.—Y si Dios dise que sí, pos viene usté y esta noche no me deja usté a mí feo.

FRAN.—Vamos allá.

JOSE. *(Llamando.)*—¡Paminondas, caracho!

EPA. *(Apareciendo en el foro.)*—Jefe.

JOSE.—¿Qué hase que no viene?

EPA.—Estaba mirando la luna...

JOSE.—Una cosa es mirar la luna y otra es irse a ella. Abra la mala de los festejos.

FRAN.—Pero ¿ahora, José?

JOSE.—Si es para llevar media dosena de botellas de las de Orisaba, dos equis y tres equis.

MIGUEL.—¿Eso es algún tratado de Algebra?

JOSE.—Servesa, mano. Néctar de don Gambrinus. La mejor servesa del mundo. ¿Ande la lleva?

MARIA.—Aquí, tío. En esta macona irán muy bien. *(Ayuda a Epaminondas.)*

JOSE.—¡Paminondas!

EPA.—Jefe.

JOSE.—Meta también dos dosenas de bismarques y deje las malas abiertas.

EPA.—¿Cómo no, jefesito?

JOSE.—Y vámonos.

MIGUEL.—Andando.

FRAN.—Vamos, María Luz.

MARIA.—No, papá. No yendo Javier, no me parece bien.

MIGUEL.—¡Eso es respetar al novio! ¡Olé las mujersitas de bien, y usté perdone, señorita!

MARIA. *(A punto de llorar.)* —Muchas gracias, Miguel.

FRAN.—Es que...

JOSE.—Tiene rasón la chamaca; la tiene, no más. ¡Nicanora! *(Llamando.)* ¡Nicanora!

NICA. *(Saliendo por la segunda derecha.)*—Señorito.

JOSE.—Luego, luego regresamos. *(A su sobrina.)* Tú nos esperas para bailar "El jarabe" y las dos me llenan de copas esa mesa.

NICA.—Sí, señor.

JOSE.—Vámonos. Avansen, pero no roben.

FRAN.—Pero ¿qué dices, hombre?

MIGUEL.—Avansar debe queré desir en mejicano algo así como afanar.

JOSE.—Eso...

FRAN.—Hasta ahora, hija.

JOSE.—Anda, anda, manito. Hora pus hora ques l'hora y ¡viva Méjico nuestra madre! *(Mutis todos por el foro, menos las dos mujeres.)*

ESCENA VI

(Nicanora, después de haber sacado un mantelito, que ha puesto sobre la mesa, ha hecho mutis un poco antes que los demás personajes, por la segunda derecha. María Luz, muy inquieta y muy triste, va a la escalera, sube unos peldaños y, arrepentida y desalentada, los vuelve a bajar y se dirige al foro. Muy triste, se apoya en la puerta, mira al campo, vuelve al centro de la escena y cae, llorando, de bruces sobre la mesa de la derecha.)

MARIA.—¡No puedo más, Virgen Santa; no puedo más!

NICA. *(Sale segunda derecha descuidada y tranquila, y al reparar en la actitud de María Luz, dice:)* ¡María Luz, María Luz! ¿Qué es eso? ¿Qué tiés tú, chica, qué es eso?

MARIA.—Nada, amita Nora, nada.

NICA.—¿Nada y tiés esa cara, cuando debías estar más alegre que unas castañuelas? *(María Luz solloza.)* ¡Pero chica! Pero ¿qué es eso? ¿Es que has tenido un disguto con Javier?

MARIA.—¡Un disgusto! ¡Ojalá no fuera más que eso.

NICA.—¡Pero chiquilla!

MARIA.—No puedo más, amita Nora; no puedo más... Me estaba ahogando.

NICA.—Pero ¿qué te pasa?

MARIA.—No puedo más: me quiero morir.

NICA.—¡Pero muchacha!

MARIA.—Me quiero morir, y no tengo valor para matarme.

NICA.—Pero ¿qué te ha ocurrido; me lo quieres decir? ¿Es que el Javier...?

MARIA.—Es que ya no puedo ser para Javier.

NICA.—Pero cómo, ¿le has dejado de querer de repente?

MARIA.—No; le quiero con toda mi alma.

NICA.—Y ¿entonces...?

MARIA.—Pero ya no tengo derecho de quererle.

NICA.—Pero... oye, oye, María Luz, ¿es y que te has vuelto loca y me quieres volver loca a mí también? ¡Revienta de una vez, hija, que ya me tienes el corazón en un puño! ¿Qué ha pasao?

MARIA.—Lo que no debía haber pasado, lo que parece imposible; pero es verdad, verdad...

NICA.—Pero ¿el qué, mujer? ¡Por los clavos de Cristo! ¿Si esta mañana, cuando yo entré y que veníamos tos de recibirle a él y a su padre, estabas abrazá con él?

MARIA.—Al pronto, sí: me sentí limpia de toda culpa.

NICA.—¿De culpa dices? Pero ¿es que tú tienes alguna culpa contra él? *(María Luz dice que sí con la cabeza.)* Pero ¿grave?

MARIA.—¡Tan grave, que no sé qué va a ser de mí. Oyeme, amita Nora, óyeme, que con alguien me tengo que desahogar y a alguien tengo que contarle lo que me pasa, que me está doliendo y quemando aquí *(En el pecho.)* como si fuera un hierro encendido.

NICA.—Pero ¿qué te pasa, mujer?

MARIA.—¿No has visto que llevo un mes que todas las mañanas, sin faltar una, voy a la iglesia?

NICA.—Sí; pero yo creí y que ibas a rezar pa que Dios te lo trajese pronto sano y bueno. Nunca me figuré...

MARIA.—Pues iba a buscar paz para mi alma; iba con intención de confesar, y todas las mañanas

me acercaba al confesonario en que estaba el padre Juan, y nunca me atrevía. Me moría de vergüenza, amita Nora.

NICA.—¿De vergüenza tú? Pero ¿de qué pués tú tener vergüenza, María Luz? *(Pausa.)* ¿Es que había otro hombre en tu camino? *(María Luz hace señas de que sí.)* ¡Otro hombre! Pero ¿cómo, pero quién? Dilo, dímelo. ¿Quién, que no lo hemos reparao nadie? ¿Quién?

MARIA.—Otro hombre: uno.

NICA.—Pero otro, ¿quién? *(Mirándola y como adivinando.)* ¡El señorito Alfre...!

MARIA. *(Levantándose.)*—¡Chist, calla, calla por Dios!

NICA.—¿Ese...?

MARIA.—¡Chist, calla; ése, sí; pero calla!

NICA.—¡Jesús, Jesús!

MARIA.—Calla, cállalo siempre, ahora y siempre, amita; mira que si lo dices, que si alguien lo sabe..., entonces, sí: me mato.

NICA.—¡María Luz!

MARIA.—Te juro que si llega a saberse...

NICA.—Calla tú ahora, si quiés que calle yo. ¡Virgen santísima! *(María Luz cae llorando otra vez donde estaba sentada.)* Y ¿lo sabe Javier?

MARIA.—No.

NICA.—¡Jesús, Jesús! Pero ¿cómo ha podido ser y cómo has tenido tú valor para echarte esta mañana en brazos de tu primo, para mirarle a la cara?

MARIA.—Yo no quería, y ese es mi tormento; porque yo no sé engañar. Cuando vi que llegaba, cuando sentí que era ya inevitable el encuentro con él...

NICA.—¿Con quién?

MARIA.—Con Javier, ama; entonces comprendí que estando como estaba en pecado mortal yo no podía recibirle, y le pedí al padre Juan que me confesara...

NICA.—Sí, y ¿qué?

MARIA.—Y el padre Juan me dijo que fuera a la iglesia, y yo le dije que no había tiempo, que tenía que ser aquí, que era como si me fuera a morir, y aquí mismo, donde estamos, caí de rodillas rezando el "Yo pecador", cuando sonaron las músicas, y llegaban, y ya no había tiempo, y el padre Juan me preguntó si estaba arrepentida, sin que yo le contara mi pecado, y al decirle yo que con toda el alma, se puso en pie y me absolvió y me bendijo..., y entró Javier por esa puerta, abiertos los brazos, gritando: "¡María Luz, María Luz", con una voz, que se metía aquí en el alma, no sé si como una caricia o como un puñal, y a mí me parecía que no era a mí a quien llamaba, y que no era yo la que caía en sus brazos o que no fuí yo la que había hecho antes lo que hice, que maldita sea la hora en que lo hice y así me hubiera muerto mil veces antes de hacerlo. *(Llora amargamente.)*

NICA. *(Entre dientes.)*—¡Señor, Señor! Y ¿has acabado hoy la confesión?

MARIA.—¿Para qué? Ya me había absuelto. Hablándole ahora no hubiera sido en confesión; hubiera sido confiándome a él, y el padre Juan... es cura, sí; pero es un hombre; es... visita de casa; compréndelo: era mucha vergüenza, amita Nora; no podía ser.

NICA.—Pero ¿y cómo pudiste enamorarte del señorito Alfredo?

MARIA.—Si yo no me enamoré, si le temía siempre, si no quería verlo, si le aborrezco con todas mis fuerzas, si...

NICA.—Y entonces, chica, ¿cómo...?

MARIA.—¡Yo qué sé! Debí de estar endemoniada yo o endemoniado él. Si es como un mal sueño, como una pesadilla. ¿No te acuerdas que te dije, a poco de haber llegado él de Madrid, cuando todos eran a celebrarle las pinturas que hacía y estaban locos con el forastero, que yo no podía mirarle? Así era la verdad. Al pronto, cuando llegó aquí por primera vez, me dió alegría. Ese maldito hombre llevaba en los cabellos, en las manos, en toda su persona el mismo perfume, el mismo aroma que siempre ha usado Javier...

NICA.—¿Y eso qué tié que ver? Toas esas son locuras y fantesías de tantos librotes como lees, que te van a secar la mollera y te están trastornando el corazón.

. . . .

MARIA.—Yo no lo sé, pero así es, aunque tú no puedas comprenderlo; así es, y luego me dió rabia que oliese lo mismo que Javier y que no fuese Javier. Y no podía resistir su mirada, amita Nora, y él parecía saberlo, y se empeñaba en mirarme fijo, fijo, con los ojos como brasas, cuando los demás no reparaban. Con el pretexto de copiar paisajes, cogía la paleta y el lienzo y se iba con nosotros, conmigo y con mi padre, cuando salíamos al campo, y me miraba, me miraba. Aquí vino a pintar el huerto y el corral, que ya te acordarás, y me hizo un retrato aquí, sentada yo en esta escalera, y aquel día me habló de amores por primera vez. Yo sabía que me iba a hablar, yo lo sentía, lo adivinaba, y no quería que me hablara, y aquel día me habló y yo no me supe ir. Temblando le dije que tenía novio, y que era mi primo, y que iba a venir...

NICA.—Pero ¿es que no tiene conciencia ese hombre? ¿Qué hizo, qué te dijo?

MARIA.—Hizo así como que se resignaba, y ya siempre, con el aquel de hablarme de mi novio y de consolarme mis penas, porque era lástima que yo sufriese por nadie, así decía él, me buscaba la conversación. A la salida de la iglesia, en el paseo de la estación, se juntaba con nosotros, con el alcalde, con su mujer, y cuando íbamos al cine se sentaba junto a mí, y me hablaba, me hablaba bajito, y yo le oía sin entender sus palabras, le oía hablar como

si su voz fuese una música que no tuviera palabras..., y así muchos meses, todos lo que lleva aquí.

NICA.—Pero ¿tú te enamorastes, al fin?

MARIA.—No.

NICA.—Pero, mujer, ¿tú...?

MARIA.—¡No! Fué el día de la romería. Cuando fuimos todos a Pinohermoso, que volvimos en la diligencia de Perucho. Veníamos todos, y como éramos tantos íbamos muy apretados. Yo traía los huesos rotos de bailar. Pero no con él tan sólo, que bailé con todos, ya te acordarás. En la diligencia se sentó enfrente de mí. La diligencia venía obscura, que aunque la noche era de luna, poca daba hasta el interior del coche. Yo sentía sus rodillas temblar junto a las mías...

NICA.—¡Y dale!...

MARIA.—Y con el traqueteo tropezábamos a veces y nos juntábamos, y yo veía sus ojos en la penumbra y los veía brillar, como si los sintiera sobre mí, como si me tocaran sus ojos... A lo que íbamos llegando me dijo de pronto, muy bajito, con una voz nueva que yo no le conocía. "¡Qué pena que se acabe este día!" Y luego: "Si oye usted silbar esta noche, un silbido agudo y largo, soy yo, que velo en el jardín". Después me lo repitió varias veces: "Seré yo, que he saltado las tapias y velo en el jardín, pensando en usted". *(Pausa.)*

NICA. *(Entre dientes.)*—¡Ladrón!

MARIA.—¿Por qué no me acosté aquella noche?

No lo sé, ni sé qué desasosiego se había apoderado de mí, ni sé tampoco por qué ni cómo bajé al jardín. Había llovido, y las flores del romero aromaban la tierra como exarcebada por la lluvia. La única vez que hablé con Javier a solas fué en el jardín, y aquella noche el perfume de la tierra y el de las flores de romero se mezclaron con el otro, que era el mismo perfume de Javier: un olor que trastornaba los sentidos, que era el perfume de otras horas felices, y esto es lo horrible, amita Nora, lo inexplicable, porque no me lo puedo explicar, porque yo tampoco me lo explico: en el Pino, mientras bailaba con él, y en la diligencia y aquí, mientras velaba esperando... no sé qué, que no sé yo lo que esperaba, yo no pensaba más que en Javier, yo no me acordaba más que de Javier, y luego, en el jardín, era su voz la que oía, sí, sí; era Javier, era él y no, no era, no era; pero yo me perdí, me perdí para siempre. *(Rompe a llorar, convulsa.)*

NICA.—¿Y después, María Luz?

MARIA.—Después, nunca más, amita Nora; nunca más. Le he huído siempre como al enemigo.

NICA.—Pero...

MARIA.—No, si ya lo sé; si sé lo que vas a decirme; si me lo he dicho yo misma mil veces: que no se comprende, que no hay quien pueda explicarlo, ni perdonarlo; si ya lo sé; si yo tampoco me perdono; pero así fué, y no es eso todo: es que... me parece que ha quedado señal.

NICA.—¿Eh?

MARIA.—Sí, amita Nora; que ha quedado señal y que la llevo viva en las entrañas. *(Cae en brazos de Nicanora.)*

NICA. *(Gritando.)*—¡Hija, por la Virgen Santa! ¿Qué has dicho, María Luz?

MARIA.—Calla, calla por favor; calla. *(Se dirige a la escalera.)*

NICA.—Pero ¿adónde vas, mujer?

MARIA.—¡Chist!... *(Sube las escaleras y acecha un instante por la puerta por donde hizo mutis Javier, y luego baja lentamente.)* Duerme; no ha oído, no sabe nada; pero lo sé yo, lo sabe Dios, y no puedo matarme.

NICA.—¡Mujer, por Dios!...

MARIA.—No puedo matarme, por mi pobre viejo, que se moriría de pena..., y no puedo vivir, porque me matará la vergüenza, y yo tengo que vivir para esta nueva vida, que es mía, mía, que ya no es de nadie más que mía, de mi dolor y de mi pecado; para ella tengo que vivir y no tengo derecho a matarme; pero yo no tengo fuerza para vivir. *(Llora desesperadamente.)*

NICA.—Bueno, mujer, bueno; sosiégate, que ya me estás volviendo loca a mí también, y locos vamos a acabar tos en esta casa. Hay que pensar, hay que resolver. ¿Tú qué le has dicho a Javier?

MARIA.—Nada: que ya no le quiero.

NICA.—¿Eso le has dicho?

MARIA.—Sí; le he mentido, porque la verdad no

la puede creer. Al pronto, tampoco ha querido creer la mentira. Se echó a reír, y luego, como yo insistí en decírselo y no le daba explicaciones, se enfadó y se encerró en su cuarto. Pero lo va a saber, sí, sí; lo va a saber, lo tiene que saber, y si quiere despreciarme y matarme, que me desprecie y que me...

NICA.—¡No digas eso, por Dios!

LA VOZ DEL PRIMER MUSICO. *(Dentro.)*—Tú, Andrés, que vuelvas con la guitarra...

MARIA. *(Poniéndose de pie.)*—Ahí están ya.

LA VOZ.—Que quié don José que estemos toos completos.

NICA.—¿Ande vas a ir, qué vas a decir? Hay que ganar tiempo y pensar que mañana será otro día.

MARIA.—Eso dijo Javier, y ¡con qué tono lo dijo!

NICA.—Pues algo hay que hacer..., y ahora, si te dicen que cantes y que bailes, pues cantas y bailas hasta que te caigas rendida; que mejor que te crean rendida de cansancio y no sepan la verdad, que no debe saberse.

ESCENA VII

DICHAS, FILOMENA, DON MARIANO, JOSE HIDALGO, FRANCISCO HIDALGO, FELICIANO, MIGUEL, LA RONDALLA, MOZOS y MOZAS y EPAMINONDAS, por el foro.

JOSE. *(Que viene algo borracho.)*—Pasen, pasen, no más, no me hagan arriarlos como los pavos...

FILO.—¡María Luz! ¡Chica! ¿Cómo no has venido? *(La besa en los dos carrillos.)*

MARIA.—¡Hola, María Luisita!

FRAN.—No ha querido venir por el novio... *(En el fondo, junto a la mesa, se han quedado los demás.)*

FILO.—Pero ¿habéis reñido? Tienes ojos de haber llorado.

MARIA.—No; ¡qué idea!...

FRAN.—María Luz..., ¿qué es eso, qué tienes?

MARIA.—Nada; ¿qué voy a tener?

NICA.—Se quedó ahí dormida, de bruces, como una tonta...

JOSE.—¡Véngase, véngase, digo!... Y usté el primero, alcalde. *(Antes habrán estado sirviendo champagne con Epaminondas.)* ¡Que suenen los corchasos como tiros!... ¡Que eso es alegría! Hora, pus hora ques l'hora. Usté también, alcaldesa. *(A Filo-*

mena, a quien da una copa.), y ustedes *(A Miguel y Feliciano.),* nobles representantes del proletariado y tú, sobrina, y tú también, manito.

FELI.—¡Que brinde, que brinde!

FILO.—Sí, sí; dicen que es usted un gran orador...

JOSE.—¡Cómo no! ¡Pos hora verán! Salú... *(Alguno intenta beber.)*

EPA.—Y esperesé, dejen al jefesito que platique... ¡Andelé, jefe!

JOSE.—¡Ya voy, Paminondas! ¡Ejen! Oído. Les habla un hombre de acá, que ya es un hombre de allá..., y que va de allá para acá... y de acá para allá solisitado, ¿cómo no?, por los asares de la vida y por las necesidades de su corasón.

FELI.—¡Ole! Muy bien...

EPA.—Cállese. ¡Siga, jefe!

JOSE.—Yo nasí acá, y me fuí para allá y he vuelto acá cuando extrañaba allá en México, mi segunda patria, la visión de acá, que es mi primera patria, y las dos patrias se junta horita en la misma copa, como enantes se habían juntado en el mismo corasón, y no es la copa, sino el corasón el que levanto, y no es el vino, sino ¡la sangre la que me tomo!

EPA.—¡Viva, jefesito!

D. MAR.—¡Bravo, bravo; muy bien!

JOSE.—Y tomo por todos. Por los de allá y por los de acá..., y los de acá y los de allá, porque ya no sé dónde estoy...

FRAN.—¡Claro! Con tanto ir de acá para allá, te has mareado...

JOSE.—¡Ah!, pero no importa. Mareado de emosión y no de navegasión, levanto mi copa como si fuera mi corasón. No en balde el indiano ganó harta plata, y quiero que aquí se note su influjo, y que como el flujo y el reflujo de las aguas del mar, que lleva los progresos y trae los progresos, se junten todos los progresos... Las hijas americanas, con México, nuestra madre, a la cabesa, que se amamantaron en la ubre gigantesca y fecunda de la madre patria, traen y llevan en mi mano el amor y el progreso de allá para acá y de acá para allá, y nada más. ¡Salú! *(Todos aplauden. Beben.)*

D. MAR. *(Con cara de asombro.)*—Bueno; pero ¿tengo que contestar?

FRAN.—¡No!

JOSE.—¿Eh?

FRAN.—Que no hay obligación de contestar.

ESCENA VIII

DICHOS y el PADRE JUAN, por el foro.

P. JUAN.—¡Dios sea con vosotros y os aumente la alegría!

FRAN.—¡Juan!

D. MAR.—Ilustre amigo.

MIGUEL.—Buenas noches, padre.

JOSE.—¡Pase la religión! Pase, padre, que a su casa viene.

P. JUAN.—Buenas noches. No se molesten por mí.

D. MAR.—¿Cómo a estas horas?

P. JUAN.—De cerrar mi iglesia. Hoy ha terminado la novena. Volvía a mi casa, oí vuestra alegría...

FILO.—¿Y quiso darle su bendición?

P. JUAN.—¿Por qué no?

MIGUEL.—No es pecado alegrarse, ¿verdad? padre?

P. JUAN.—Honestamente, no. *Vinum bonus letificat cor hominis.*

JOSE.—¿Cómo dise su paternidad?

P. JUAN.—Que el buen vino alegra el corazón del hombre.

JOSE.—Y el del cura. ¡Sirva, Paminondas!

EPA.—¡Cómo no, jefesito!

P. JUAN.—No, gracias; yo no bebo.

JOSE.—Va a tomar, no más.

P. JUAN.—No, de veras; muchas gracias.

JOSE.—¡Qué grasias! La grasia está en que lo tome.

P. JUAN.—De veras...

MARIA.—Déjelo, tío.

JOSE. *(Con la copa al Padre Juan.)*—Tome...

P. JUAN.—Pero...

JOSE.—Tome, le digo...

FRAN.—¡Hombre, José!

JOSE.—Tome o se la echo.

P. JUAN.—¿Qué dice?

JOSE.—Que o toma o se la echo encima.

FRAN. *(Dándole un puñetazo en la mano, le tira la copa al suelo.)*—¡Canalla!

FELI.—¡Don Francisco!

JOSE.—¡A mí, desgrasiao!

MARIA.—¡Tío José! *(José se ha puesto en actitud de prepararse a reñir con su hermano. El Padre Juan contiene a Francisco. Feliciano, Miguel y Mariano, a José. Confusión y susto.)*

JOSE.—¿A mí?

FRAN.—A ti, sí; porque eres un borracho y un canalla.

MARIA.—¡Papá, por Dios!

FILO.—¡Ay, entre hermanos, qué desagradable!

FRAN.—Yo no soy hermano de esta mala bestia.

MIGUEL.—¡A ver si tenemo la fiesta en pa, hombre!

JOSE.—¡Dejenmé, dejenmé!

D. MAR.—¡Calma, calma!

FRAN.—En mi casa no se falta a ningún ministro del Señor.

JOSE.—A José Hidalgo no le pega, ni en la mano, ningún desgrasiao; suétenme, suéltenme.

FRAN.—Suéltenlo. Ni tú eres Hidalgo, ni eres mi hermano.

P. JUAN.—¡Paco, por favor!

D. MAR.—¡Calma, calma!

JOSE.—¡Que no soy Hidalgo!

FRAN.—No; no puedes llamarte Hidalgo, porque no lo eres; ni Hidalgo, ni Fernández, ni Rodríguez, ni ningún apellido español; que ya olvidaste hasta tu raza y hasta tu idioma, descastado.

MARIA.—¡Papá!

FILO.—¡Don Francisco!

D. MAR.—¡Pero hombre!

JOSE.—¡Déjenme, que me muero de risa! Hidalgo soy y de los buenos. Hidalgo, y no me rajo, y a usté también se lo digo, señor cura; que cura era también el buen Hidalgo, Miguel Hidalgo y Costilla, el que inició la independencia mexicana y triunfó en Celaya, y en Guanajuato fué el azote, como yo voy a ser el azote ahora, al grito glorioso de viva Nuestra Señora de Guadalupe y mueran los gachupines...

MIGUEL.—¡Hombre, eso...!

FELI.—Eso sí que no.

FRAN.—¡Miserable!

P. JUAN.—¡Quietos todos, por el santo nombre de Dios! Quietos y respeto, que no consiento que por mí se renueve la contienda de Caín y de Abel. Y usted, José Hidalgo, que recuerda al cura rebelde que libertó al pueblo de Méjico, Hidalgo era porque era gachupín, como usted dice; español, y por español fué rebelde, y Nuestra Señora de Guadalupe, Virgen y Santísima, gachupina era, española, que España llevó a América la religión de Cristo y el dulce idioma en que hablamos, y gachupines y españoles somos todos, hermanos, tan hermanos como Francisco y como usted, que si algo vale, y vale mucho, por español lo vale, y no reniegue de ello, que es como renegar de la vida que Dios le dió y de los pechos españoles que lo criaron...

JOSE. *(Lloriqueando.)*—Pos vivan los gachupines y viva España, nuestra madre, y perdóneme usté, padre, y perdóname, manito.

FRAN.—Ven, ven; no se hable más.

EPA.—¡Hora sí, pues, jefesito! *(Francisco y José se abrazan en el centro de la escena.)*

P. JUAN. *(Tocando en el hombro a José.)*—Así, en el santo amor de Dios y de Nuestra Señora de Guadalupe, abrazan y perdonan los hidalgos de España.

FELI.—¡Viva el padre Juan, muchachos, que es el santo del pueblo!

JOSE.—¡Viva, caracho! Y aunque él no tome, ahorita tomamos todos a su salú. ¡Sirva, Paminondas! Y templen las vihuelas, que mi sobrina y yo vamos a bailar horita mismo un "Jarabe" que le sacamos chispas al suelo.

EPA.—¡Diana, jefesito, diana!

FILO.—¡Ay, yo no puedo; estas escenas me emocionan! *(Rompe a llorar.)* Tú también estás llorando, María Luz.

ESCENA IX

DICHOS y, a poco, ALFREDO, por el foro. Se oye un silbido largo fuera. En escena se quedan todos suspensos un momento.

FRAN.—¿Qué es eso?

P. JUAN.—¿Eh?

JOSE.—Alguno que habrá llamado a un perro... No hagan caso y siga la jarana; templen no más, y vamos a haser harta bulla para que se despierte ese flojonaso de mi hijo.

ALFR. *(En el foro.)*—Señoras y caballeros, buenas noches.

D. MAR.—¡Alfredo!

FRAN.—¿Usted?

FILO.—¡Caramba, qué visita más inesperada!

ALFR.—Me voy ahora mismo. Acabo de silbar para que me arrimaran acá el caballo, y he venido a darles el último adiós. *(Saludando.)* Don Francisco, adiós, y muchas gracias por todo.

FRAN.—Adiós y que no sea la última vez que le veamos por aquí.

ALFR.—Doña Filomena. *(Va dando la mano seguidamente al cura, a Mariano y a María Luz.)*

JOSE. *(Aparte a Francisco.)*—¿Me dejas que lo convide a este a la fuersa?

FRAN.—Hombre...

JOSE.—Verás cómo no falla la jugarreta. ¡Pamínondas! ¡Tequila en la copa grandotota, como para matar un buey!

ALFR.—Adiós, María Luz.

JOSE. *(Al Alfredo, con la copa en la mano.)*—Tome, amigo.

ALFR.—No; muchas gracias.

JOSE.—Tome, le digo.

ALFR.—No, de veras; no quiero beber.

JOSE.—Tome o se la echo.

ALFR.—¿Eh?

JOSE.—¡Es la del estribo! ¡Tome o se la echo! *(Alfredo bebe la copa de un trago. Todos estallan en una carcajada.)*

ALFR.—Pero ¿de qué se ríen ustedes?

MIGUEL. *(Echándole una mano al hombro y lle-*

vándoselo a la puerta.)—¡Alegría y buen humor que tié uno, amigo! ¡Vaya usté mucho con Dios!

ALFR.—Con Él queden ustedes, señores. *(Mutis.)* Yo no me olvidaré de esta ciudad, y acaso alguien quede en ella que no me olvidará.

EPA.—¡Viva mi jefe! ¡Diana le digo, diana! *(La rondalla ataca la "Diana".)*

JOSE.—¡Jalisco nunca pierde, y cuando pierde arrebata! Y hora, sobrina, démosle al "Jarabe" para que se despierte ese flojonaso y venga a cumplir con su obligasión.

MARIA.—¡Ay, no, tío; no puedo!

JOSE.—Andelé.

NICA. *(Aparte a María Luz.)*—Baila, baila, aunque no puedas; baila.

JOSE.—¡Hora pus hora! *(La rondalla ha empezado "El jarabe", que bailan José y María Luz.)* ¡Viva mi china poblana! ¡Así se baila "El jarabe"! ¡Otro pasito! ¡Otro pasito!... *(Y sobre el baile cae el*

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores. Al día siguiente, por la mañana.

ESCENA PRIMERA

NICANORA, como en el primer acto, ante el arcón. ANTON, en el foro. Luego, MARIA LUZ.

ANTON.—De...

NICA.—¡Chits... calla! Que ya sé a lo que vienes.

ANTON.—Vengo mandao...

NICA.—Y de orden del señor alcalde...

ANTON.—Que si va ir don Francisco Hidalgo a la reunión...

NICA.—Le dices que no está aún, que cuando vuelva se le avisará. ¡Y hala! *(Antón hace medio mutis.)*

ANTON.—Se le avisará... ¿Que se le avisará?

NICA.—Sí, hombre, sí...; cuando venga. *(Lo acompaña y hace mutis con él, para volver cuando se indique.)*

MARIA. *(Sale de la primera derecha, va a la seunda derecha y llama dos veces.)* —¡Amita Nora! Amita Nora! *(Pausa. Como para sí:)* No ha venido.

(Sube la escalera de la izquierda, atisba un momento y vuelve a bajar. Coge una cántara de leche y hace mutis por la corraliza. Dentro se oye el sonido de colleras de una diligencia que se aleja y las mismas voces del Cochero del acto primero.)

COCHERO. *(Dentro.)*—¡Riá, riá, Mariposa! ¡Riá, riá, Galán! ¡Riá, arre, arre...! *(Se pierde el ruido de los cascabeles poco a poco. María Luz vuelve a salir con la cántara de leche, que lleva a la mesa de la derecha. En este momento aparece por el foro Nicanora, que trae un pan de hogaza y unas verduras.)*

MARIA.—¡Amita Nora! ¿Viste a Javier?

NICA.—Sí. ¿Estás sola?

MARIA.—Sí. ¿Viste a Javier? ¿Le diste mi carta? ¿Qué dijo?

NICA.—Na. Se fué.

MARIA.—¿Que se fué? ¿Que se fué, dices?

NICA.—Echó a andar, mujer, a campo traviesa, camino del pinar.

MARIA.—Pero ¿qué te dijo cuando se la entregaste?

NICA.—Ahora mismo; es decir, ahora mismo, no; esta mañana, pero muy de mañana, que salía yo pa ir a la compra, como tos los días, me lo encontré que bajaba la escalera. Venía así, como ensimismao. Le dije que tenía una razón para él; pero así, al pronto...

MARIA.—Sí...

NICA.—... No me atreví a darle la carta, porque

no sabía lo que hubiá podío hacer, y me daba reparo por ti, ¡qué sé yo!, por tu padre, por el suyo...

MARIA.—Sí, sí... Y ¿qué dijo, qué hizo?

NICA.—Conque le pregunté a lo primero aónde iba, y él me dijo que a andar..., y salimos juntos. Echamos hacia la estación, más abajo, y conforme llegamos a la fuente del sauce, fuí y le dije que tenía una carta pa él. La leyó y se le mudaba la color y le temblaban las manos mientras leía.

MARIA.—Y ¿qué dijo, qué dijo?...

NICA.—Me preguntó que si yo sabía algo de lo que venía puesto en la carta, y yo le dije que no. "¿De veras", me preguntó otra vez, y otra vez le dije que no. Entonces, de pronto tembló como si fuera a caerse, y se agarró a un árbol y empezó a llorar.

MARIA.—¿A llorar? ¡El, tan hombre! ¡A llorar él, mi Javier!...

NICA.—Lloraba como un crío talmente, que daba lástima verlo.

MARIA.—¡Y lloraba por mí, por el daño que yo le hice..., porque es muy bueno y muy hombre!

NICA.—Yo no sabía qué decirle, y le dije luego: "Piénsalo bien, Javier, y si es algo muy malo lo que ahí te ponen, mira lo que haces". Y entonces me volvió a preguntar, muy receloso: "Pero ¿de veras no sabes...?", y yo, muerta de miedo, le dije que no. ¿Qué querías que hiciera, María Luz?

MARIA.—Sí... Y ¿qué más? Sigue, sigue...

NICA.—Pues... na más. Me miró con los ojos llenos de agua, y me dijo: "Nada, me tendré que ir lejos, muy lejos, ande nadie sepa de mí..." "Pero ¿qué ha pasao?", le dije, toavía por decirle algo... Y él, a lo mismo: "Nada, que me tengo que ir pa siempre muy lejos de aquí". Echó a andar, yo aun le seguí unos pasos y le dije si tenía alguna razón que darme, y él me rogó que le dejara solo, que quería estar solo y andar y cansarse y, en fin..., que quería estar solo ande nadie lo viera... Y salió andando, como te digo, a campo traviesa, camino del pinar. Iba dando traspiés, como si hubiá bebido, y se detenía a veces, y yo lo veía ende lejos que levantaba los hombros y los dejaba caer, así como si sollozase.

MARIA.—¡Lloraba! ¡Lloraba por mí! ¡Lloraba de rabia, de vergüenza y de amor! Y nunca sabrá la pena que me causa su llanto, su llanto que no podré consolar nunca, porque yo no lo puedo consolar, ni hay consuelo en el mundo ni para él ni para mí. ¿Y ahora?

NICA.—¿Ahora? Ahora Dios dirá. ¡Yo que voy a pensar! Ni sé lo que le has escrito.

MARIA.—La verdad, amita Nora; toda la verdad. El era el primero que debía saberla.

NICA.—Pues allá él. Pa lo que quieras me tienes, que como a hija te quiero. Daño no creo yo que sea capaz de hacerte el Javier. Temblando le di tu carta, porque tú lo mandastes y no sosegabas; pero cuando no me ha matao a mí, que fuí la que le dió el veneno,

ya nada va a hacerle a nadie. Digo, si tú no le decías quien...

MARIA.—Eso, no, ¡quita! ¿Para que se perdiera? No. Le he dicho la verdad y me he acusado yo, sin acusar ni nombrar a nadie.

NICA.—Más vale así. Javier hablará contigo, claro está. No creo yo que lo deje así. Se irá lejos, como ha dicho, o no se irá..., ¡yo qué sé! Sea lo que sea, eso no remedia tu estado, y hay que pensar en lo que te dije anoche; hay que...

ESCENA II

DICHAS, el PADRE JUAN y luego FRANCISCO HIDALGO, por el foro.

P. JUAN.—Buenos días nos dé Dios.

NICA.—Buenos días.

MARIA.—¡Padre Juan!

P. JUAN.—¿Hemos ordeñado ya a la Pulida?

NICA.—Pase usted, padre.

P. JUAN.—Diréis que soy un gorrón; pero si la ostumbre hace ley, me corresponde de derecho mi asito de leche.

MARIA.—Acabo de ordeñarla yo ahora mismo,

padre. Siéntese, siéntese, que se la serviré. *(Se dispone a hacerlo.)*

FRAN. *(Por el foro, con caña de pescar, como en el primer acto. Aparece con la faz arrebolada y canturreando.)*—Todo está igual, parece que fué ayer.

P. JUAN.—¡Hola, pescador!

FRAN. — Buenos días; buenos días, hija. *(La besa.)*

NICA.—Venimos contento, ¿eh?

FRAN.—Porque no encuentro en casa más que a vosotros. Mi hermanito, el hidalgo de pega, por ahí anda trotando en el bayo, vestido de máscara, con chaqueta de cupletista y un sombrero que parece una pirámide. Mi sobrino salió desde muy temprano, y aquí os encuentro; es decir, nos encontramos todos: los justos, ¿eh? ¡Oído!—como dice el de Jalisco, el que nunca pierde, y cuando pierde, arrebata—, ¿eh? Los Justos. Por eso cantaba "Todo vuelve a estar igual..."

P. JUAN.—Pues tiene razón Nicanora: vienes contento.

FRAN.—¡Como que me voy a dar un banquete! *(A Nicanora.)* Toma: ranas.

NICA.—¿Tampoco son animales las ranas?

FRAN.—Tampoco. Eran peces y han salido ranas, como algunos amigos y... algunos hermanos.

P. JUAN.—Paco, Paco, no seas rencoroso.

FRAN.—¡Hala! A freirle las ancas a estos objetos. Viene una trucha, además; guísala también. Su

tomatito, su aceite y su ajo. ¡Con gracia! ¿Eh? A ver si me guisáis las dos en competencia.

MARIA.—Descuida, papá; yo ayudaré a Nicanora.

FRAN.—Pues anda, anda, antes que venga el de Tepeyahualco, con el proletariado y la Trade Unión y las demás monsergas, y me estropée el almuerzo. "Apurénse, y hora pus hora ques l'hora".

NICA.—Anda, anda, vamos. *(Aparte a María Luz, haciendo mutis con ella.)* Así, mujer, así; mientras puedas, disimula, y vamos...

FRAN.—A no murmurar, ¿eh?

NICA.—No, hombre.

MARIA.—Si no murmuramos, papá.

FRAN.—Bien está hablar mal de la gente; pero alto, alto.

P. JUAN.—Vayan, vayan. *(Mutis las dos mujeres por la segunda derecha.)*

FRAN. *(Golpeándole en un muslo al Padre Juan.)* ¡Hola, señor ministro!

P. JUAN.—¿Qué dices?

FRAN.—Es verdad, lo he dicho al revés. ¡Hola, ministro del Señor! Qué bien se está aquí, ¿eh? Ahora verás qué colación.

P. JUAN.—Pero ¿insistes en no comer con tu hermano?

FRAN.—Insisto en no cambiar mi paso, Juan. Animal de costumbres es el hombre. Mi cañita de pescar; mi violonchelo, ahora cuando almuerce, y mi

almuerzo frugal, sin carne, que ahora viene congelada e imposible, ¡me alegro!, y oyendo hablar castellano... o latín, si a ti se te antoja latinizar. ¿El proletariado, la Trade Unión, y hora pus hora? ¡No, no y requetenó! Yo quiero estar solo conmigo y con Dios, o contigo, que eres su representante en este pueblo.

P. JUAN.—¡Ay, Paco, Paco!

FRAN.—Nada. Mi hermano es carnívoro: fiera. Yo, herbívoro: rumiante. ¡No nos entendemos!

P. JUAN.—¡Hombre!

FRAN.—No; si mi hermano es fiera porque come rosbiff sangriento. ¿Por qué crees tú que el león tiene tan mal genio? ¡Pues porque no es vegetariano! No hay mejor domador que una tortilla de patatas o una sardina frita. Que le den espárragos al león y verás: ¡un cordero!

P. JUAN.—Vamos, vamos; tú estás hoy más locuaz que de costumbre, y hasta excitadillo. ¿Qué te pasa?

FRAN.—Acúsome, padre. Esta mañana, el hidalgo, el hidalgo de allá, que no es lo mismo que el hidalgo de acá, me convidó para que hiciéramos las paces, para que las selláramos, dijo él. ¡Y me dió tequila!

P. JUAN.—¡Ave María Purísima!

FRAN.—Llegó con la copa, y como es tan fino, "Tome o se la echo", para que no me la derramara encima, me la bebí.

P. JUAN.—Pero, Paco, ¿si eso es extracto del infierno? ¿Te abrasarías vivo?

FRAN.—¡Qué quieres, Juan, me la echaba! ¡Y preferí echármela yo! Era de ese baúl. Las malas, como él las dice. Pero de las dos malas, ésa es la peor. *(Señalando el baúl de la derecha.)*

ESCENA III

DICHOS, JOSE HIDALGO, vestido de charro, con sombrero jarano y sarape al hombro, seguido de FELICIANO y MIGUEL, por el foro.

JOSE.—¡Hora buen día, padre.

P. JUAN.—¡Caramba, don José!

FELI.—Buenos días.

MIGUEL.—Buenos días, padre Juan.

FRAN.—¡Mascarita!, ¿me conoces? *(Al Padre Juan.)* ¡Qué te parece el hidalgo!

P. JUAN.—Se ha puesto los trapitos de cristianar.

JOSE.—¡No se burle, pues, usté también, padre!

P. JUAN.—¿Burlarme yo? ¡Si le llamo a eso trapitos de cristianar!, ¿quiere usted mayor elogio? Si me acordara de mis tiempos en que era versificador fácil, le improvisaba a usted un himno o una oda en un periquete:

Me produce gran contento
y un asombro sobrehumano,
veros con ese indumento
de magnate americano.

JOSE: Y yo le aprieto la mano
con vivo agradecimiento. *(Lo hace.)*

MIGUEL.—¡Y óle!

FELI.—¡Hombre!

JOSE.—¡Qué se había creído! Yo también soy poeta. Si hacer versos allá es como comer maní. ¡Hora pus hora! Vamos a hablar en serio.

FRAN.—¿En serio con ese sombrerito?

JOSE.—Me lo quito, pus, hermano. *(Lo deja sobre la mesa.)*

FELI.—Sí, don Francisco. Dentro de cinco minutos se reune la asamblea en el teatro, y contamos con usted.

FRAN.—¿Conmigo?

MIGUEL.—Con usté, sí, señor.

P. JUAN. *(Levantándose.)* — Un momento. Ustedes me permitirán que los deje.

MIGUEL.—No estorba usté, padre.

P. JUAN.—Pero me estorba a mí oirles a ustedes, que ya muchas discusiones tengo oídas en las que no entro ni salgo.

FRAN.—Quédate, que yo no voy a ir.

JOSE.—Eso ya lo veremos, pus, mano.

FELI.—Quédese usted, padre; su consejo también sirve.

P. JUAN.—Pero yo no puedo darlo. En una discusión de Teología yo no les dejaría a ustedes terciar; en una discusión social y obrera, me abstengo de entrar yo. Allá cada uno en su *sancta sanctorum.* Vaya, adiós. *(Medio mutis.)*

P. JUAN. *(En el foro.)*—Non omnia possomus omnes.

JOSE.—Pero, padre.

FRAN.—¿Eh?

P. JUAN.—Pero no olvidéis que... salús pópuli suprema lex esto. *(Mutis. Todos los personajes se quedan petrificados de asombro.)*

FRAN.—¿Eh? ¿Qué tal el curita? ¡Nos ha hecho polvo, Miguel!

MIGUEL.—Como si hubiá hablao en francés.

FELI. — A lo nuestro, don Francisco. ¿Se viene usté o qué?

ESCENA IV

DICHOS y NICANORA con los cubiertos y el pan.

FRAN.—Yo, no.

JOSE.—Pero ¿vas a comer ahora, manito? *(Nicanora ha aparejado la mesa y hace mutis mientras hablan.)*

FRAN.—Sí, señor.

MIGUEL.—Mire usté, don Paco, que esto no pué ser. Que ya son muchas hablillas y que los obreros ya disen demasiao, que si usté los ha abandonao y que...

FRAN.—¡Ah, eso siguen diciendo? ¡Pues que lo digan! Yo he fundado su Sindicato, yo fuí el alma de la Asociación, y me he ido de ella porque, por la conducta de los obreros, me dolía el alma. No tienen razón.

FELI.—Pero si cuando el negocio va mal, don Francisco, y viene su hermano, aquí presente, con capital nuevo y con reformas, usted no se hace vivo, van a acabar por tener razón.

JOSE.—Tú tienes que proseder de acuerdo conmigo, mano.

FRAN.—Yo no estaré de acuerdo contigo nunca.

JOSE.—¿Qué cosa?

MIGUEL.—Mire usté que eso, a la larga, no le va a convenir.

FRAN.—Yo no hago lo que me conviene, sino lo que siento, Miguel.

MIGUEL.—Mire usté que ya dicen que usté sueña con imposibles.

FRAN.—¿Ah, sí? Pues con eso sueño, es verdad. Sueño con el bien, con la libertad, con la felicidad, con el amor, con lo inaccesible, con lo inalcanzable. Apunto hacia arriba; miro a lo alto.

JOSE.—Y te olvidas de los de abajo, que es la rea-

lidad. Más vale pájaro en mano que siento volando.

FRAN.—No; más vale tener alas también, y volar tras de los cien pájaros, aunque sea con la imaginación y con el deseo. Nada, no voy.

FELI.—Don Francisco...

JOSE.—¡Mano!

FRAN.—Nada. Tú no te rajas porque eres de Guanajuato; pero yo no lo soy, y sí me rajo. *(Llamando.)* ¡Nicanora, vengan mis ranas! *(Se pone la servilleta y se sienta.)*

JOSE.—Pero mira, manito... *(Nicanora vuelve a salir con la pitanza y se va.)*

FRAN.—No voy. ¿Ustedes gustan?

MIGUEL.—Don Fransisco, por lo que más quiera, no se ponga usté así. ¿Qué es usté más que un obrero, un obrero como nosotros?

FRAN.—Como vosotros, no.

FELI.—Como nosotros, don Francisco; sólo que ninguno de nosotros ha dicho lo que usted ha dicho: que el partido socialista y la organización obrera son en España pequeñas y débiles.

FRAN.—Yo no he dicho eso; he dicho que ustedes los hacían así.

FELI.—Y no es verdad. No somos débiles. Los actos de los obreros y del partido socialista son los más eficaces de la nación.

JOSE.—Y lo serán cada día más, ¿cómo no? ¡Hora!

FRAN.—Pues convenido, de acuerdo; pero ¿para qué les hago yo falta?

MIGUEL.—A usté es al que le hase falta. A usté, sí, a usté. Su presencia en el acto de hoy es indispensable, después de todo lo que se ha dicho, o van a pensar que tiene usté miedo, y a lo mejor, dan con la verdá.

FRAN. *(Levantándose.)*—¿Miedo yo?

MIGUEL.—O desconfiansa, igual da. ¿Es que no cree usté, el día de mañana, en la utilidá de nuestra intervensión en los negosios del Estado? ¿Es que me va usté a recordar ahora el famoso caso de Ríotinto, y teme usté que, desesperansados, nos lansemos un día a la violensia?

FRAN.—¿Qué dices?

MIGUEL.—¿Eso teme usté? Pues no lo tema.

FRAN.—¡Ah!, ¿no?

MIGUEL.—Claro está que no. Nosotros no estamos locos, no, señor, y en cuanto los poderes públicos hagan una labor intervensionista, como se debe, nosotros, la clase obrera, estará contenta.

FELI.—Eso, eso.

JOSE.—¡Pos claro!

MIGUEL.—Nosotros estamos hartos de revolusiones y de huelgas, y sólo aspiramos a conquistar mejoras económicas.

FRAN.—¿Eso es lo que queréis?

FELI.—Eso.

MIGUEL.—Eso.

FRAN.—Pues sois unos cobardes.

FELI.—¿Eh?

JOSE.—¿Qué dises?

FRAN.—¡Cobardes! Ahora sí voy a la asamblea; ahora vamos, y me oiréis, ¡me van a oír! Si no tenéis fe de fanáticos; si para vosotros, incapaces de resistir una huelga, no es el paro general, el paro universal, la aspiración suprema, la ilusión y el ideal...

MIGUEL.—Pero ¡don Paco!

FRAN.—¡Nada! Si no tenéis más aspiración que la actual, que la mejora económica inmediata, que vuestro bienestar, sin pensar en el mañana, en los que vienen, en el futuro de la Humanidad, ni sois obreros, ni sois proletarios, ni tenéis fuerza, ni sois nada.

NICA.—Pero, Francisco, es que...

FRAN.—Deja, ya no como. Vamos, vamos a la asamblea. ¡Pequeños, cobardes!

FELI.—Sí, es mejor; vamos.

MIGUEL.—Pero...

FRAN.—Vamos, y ahora veremos quién es sindicalista y quién egoísta, quién sueña y quién medra, quién tiene miedo y quién tiene corazón. ¡Vamos, vamos!

JOSE.—Hora pus hora, ques l'hora. *(Hacen mutis todos, siguiendo a Francisco por el foro, menos Nicanora.)*

NICA.—¡Jesús, Jesús, se han vuelto locos todos en esta casa!

ESCENA V

NICANORA y MARIA LUZ, por la segunda izquierda.

MARIA.—¿Qué ocurre, amita Nora? ¿Y mi padre? ¿Es que no ha querido comer?

NICA.—Es que están todos locos en esta casa, María Luz. Que estuvieron aquí disputando con Miguel y Feliciano y se querían llevar a tu padre a la reunión esa de los trabajadores, y Paco, a lo primero, que no iba, y luego arreció la disputa, y tu padre se puso así como amoscao, y de repente tiró la servilleta y salió de estampía y tos salieron con él como locos. Pero, en fin, de disputas y sermones no pasarán, como siempre; que las custiones de hombres solos, sin dineros ni mujeres de por medio, no son custiones. Vamos a lo que más importa, a lo tuyo, que no se pué dejar, que el tiempo es mal enemigo y los días pasan y esto no se va a poder ocultar.

MARIA.—Javier decidirá lo que haya de ser.

NICA.—No; eso, no. Has de pensarlo tú, conmigo si quieres, las dos juntas; pero tú primero. Javier no te va a perdonar ni va a admitir...

MARIA.—Ni yo lo pretendo, ama.

NICA.—Pues por lo mismo. Ahora... ¿Y si le dijeras a tu padre la verdad?

MARIA.—¿A mi padre, amita? ¿A mi padre? Y ¿cómo se la digo?

NICA.—Es verdad. *(Pensando.)* Pues mira, si tú te decides, hablamos con el médico...

MARIA.—¿Con el médico?

NICA.—Yo creo que podré convencerlo...

MARIA. *(Levantándose exaltadísima.)*—¿De qué, Nora? ¿De qué? ¿Qué es lo que ha podido pasarte por la imaginación? ¡Calla! ¡No lo digas! ¡Eso, no; eso, nunca! Tapar un crimen con otro mayor, no. Si tan criminal fuera y de eso me sintiera capaz, me mataría mejor..., y ya ves, ya ves que no me mato; ya ves que estoy viva, muriéndome, pero viva, porque no puedo matarme, porque no quiero matar esto que está vivo en mí.

NICA.—Nadie te ha dicho nada, mujer. ¡Cómo te pones; no me dejaste acabar! Decía yo que pudieras fingir una enfermedad cualquiera, un mal de esos que hiciera falta cambiar de aires, y entonces yo te acompañaba y... *(Viendo entrar a Javier por el foro.)* ¡Javier!

ESCENA VI

DICHAS y JAVIER por el foro.

NICA.—Buenos días, hijo.

JAVIER.—¿Buenos días?... ¿No nos hemos visto ya?

NICA.—Sí, hijo; pero yo...

JAVIER.—Puede usted irse, que yo no mato a nadie, que no soy asesino, y aunque lo hubiera sido, ya no podría matar; que muerto vengo, que es a mí a quien han matado. *(Nicanora hace mutis por la corraliza. A María Luz.)* ¡Y tú, no me esperabas! ¡Claro, no me has sabido esperar nunca! *(Pausa.)* ¿Te callas?

MARIA.—Tienes una carta mía...

JAVIER.—Sí, aquí la tengo, y la he leído y la he releído, y la vuelvo a leer y no sé para qué la leo, que ya de memoria me la sé. Que has sido de otro, que una desgracia... En fin, no te la repito porque me da a mí más vergüenza de repetirla que te dió a ti de haberla escrito. Y total, nada. ¿Qué me dices en ella? ¡Nada! ¡Que se acabó! ¿Y el nombre del ladrón? ¿Se te ha olvidado ya el nombre? ¿Tan pronto?

MARIA.—¡Javier!

JAVIER.—¿Es que tú crees que basta con un papel? ¡Un papel ahora! ¿Y antes, cuando yo estaba lejos, cuando yo estaba fuera, por qué no me escribiste diciendo la verdad? Yo por ti he venido y hubiera podido ahorrarme el viaje; este maldito viaje que no valía la pena. ¿Por qué callaste, dí?

MARIA.—Mi silencio fué vergonzoso y humilde, nada más, Javier.

JAVIER.—¿Y ahora?

MARIA.—Ahora hubiera sido un engaño, y yo no sé engañar.

JAVIER.—¡Que no! ¿Y cómo has vivido hasta ahora más que engañando? ¿O a que le llamas tú engañar? Mal te disculpas.

MARIA.—Si no me disculpo, si no puedo ni debo disculparme, ni tú debes exigírmelo. Es una crueldad inútil. Tú haces lo que creas, lo que quieras; yo nada tengo ya que decirte. *(Inicia el mutis.)*

JAVIER.—Aguarda. Yo tampoco tengo gran cosa que decirte. Sólo he venido a decirte adiós, porque me voy. Tu cariño ya ni a puñaladas lo quiero.

MARIA.—Yo, bien sabe Dios, que esperaba que te hubieras ido sin despedirte, sin volver a mirarme a la cara.

JAVIER.—Pues he vuelto, ya ves, he vuelto a mirarte para que leas en mis ojos, por última vez, todo mi rencor y todo mi desprecio.

MARIA.—Y yo no me rebelo ni me defiendo contra ellos. Tú no estás en mi corazón.

JAVIER.—Claro que no; si no lo tienes, si no lo tuviste nunca.

MARIA.—Calla, te lo ruego. Tú no estás en mi corazón: lo ves desde muy lejos y juzgas y tienes derecho a despreciarme. Yo te dije, apenas llegaste, lo único que te podía decir: que...

JAVIER.—¡Que no me querías! *(Un gesto de asentimiento de ella.)* Después de todas tus promesas, de todos tus juramentos, cuando yo volvía a ti, abiertos los brazos y el corazón y el alma, me dices tranquilamente que no me quieres...

MARIA.—Que no puedo quererte, que no soy digna de quererte, que... ¡Déjame, déjame! *(Se vuelve a sentar sollozando.)*

JAVIER.—¡Ahora lloras! Esa es toda vuestra defensa, llorar. Pero puedes ahorrarte esas lágrimas, que ni me conmueven ni me convencen de nada, ni me consuelan de este dolor, que es muy grande, tanto, que es el más grande de mi vida.

MARIA.—¿Dolor por mí? ¿Sientes dolor por mí y me desprecias?

JAVIER.—Te desprecio, sí, y siento dolor y vergüenza de haberte querido, de haber creído en ti. ¿Por qué no me dijiste ayer, ayer mismo, antes de caer en mis brazos, toda la verdad?

MARIA.—Te dije que no podía quererte.

JAVIER.—Y yo no te creí.

MARIA.—Pero yo te lo dije, destrozándome el corazón, haciéndome una violencia que tú no puedes

comprender ni sentir, llorando por dentro, matándome; pero te lo dije.

JAVIER.—Y yo no te creí, porque no podía creerlo, porque era un decir que no decía nada. No. Porque decirle no te quiero a un hombre enamorado no sinifica nada; decirle quiero a otro...

MARIA.—Yo no podía mentir.

JAVIER.—¿Qué dices?

MARIA.—Que no podía mentir. Yo no he querido más que una vez en la vida y para siempre, y fué a ti, es a ti.

JAVIER.—Y mientes otra vez, como has mentido siempre. Como mentiste ayer...

MARIA.—Ayer no...

JAVIER.—Ayer, sí; porque ocultabas la verdad, que vale tanto como mentir, y tú debiste decirme pronto toda la verdad...

MARIA.—Que tú no hubieras creído. Yo no quiero a ese hombre.

ESCENA VII

DICHOS y FRANCISCO HIDALGO, que llega silencio samente por el foro y escucha la escena lleno d asombro, sin ser visto.

JAVIER.—¡Mientes!

MARIA.—No, no lo quiero; no lo quise nunc nunca. Lo aborrecí siempre. *(Francisco Hidalgo s oculta hacia la derecha, tras la chimenea, andand de puntillas para que no lo sientan.)*

JAVIER.—¿Pero tú sabes lo que estás diciend ¿Pero qué clase de mujer, qué clase de monstru eres tú? No lo quisiste nunca, y sin quererlo fuiste

MARIA. *(Fuera de sí y ahogada en llanto. A gr tos.)*—Fuí suya, sí, lo fuí... *(Se interrumpe de repe te con cara de asombro y de espanto.)* ¿Eh? ¿Q es eso? ¿Te has quejado tú?

JAVIER.—Yo no me quejo. Sigue, habla.

MARIA.—Juraría que he oído una voz, un l mento... *(Muy asustada.)* ¡Javier!...

JAVIER.—No finjas; estamos solos, nadie da v ces, nadie nos oye. No busques pretextos; habla, quiero que hables, quiero oirte. Si no lo querías, cómo fué, por qué fué; habla, dilo.

MARIA. *(Llorosa, humilde, sincera.)*—¡No lo s

JAVIER.—¡Ah, no lo sabes!

MARIA.—No. Mi pensamiento estaba lleno de ti; yo te sentía en mí, qué sé yo, como si me latieras todo tú en el corazón y en las sienes y fueras tú, tú mismo, el calor de mi sangre. Y te fuiste, y me dejaste en el alma un desasosiego, una tristeza...

JAVIER.—¡Ah, palabras, pretextos!

MARIA.—Déjame, Javier, déjame; tú no puedes entenderme, ni yo pretendo que me entiendas, ni puede entenderme nadie. Déjame. Nuestro corazón es nuestro y sólo nuestro, y cada vida es un misterio, y de nuestro misterio íntimo sólo sabemos nosotros mismos, uno mismo y Dios. Soy indigna, te traicioné...

JAVIER.—¡Ah!

MARIA.—Te traicioné y te quería, y te quiero, y no puedo quererte, y ya no quiero a nadie, y he de estar sola y vivir sola, con mi vergüenza y con mi deber, pero sola, sola.

JAVIER.—¡Basta! Yo no siento amor por ti; ya no puedo sentirlo. Pero eres mi prima, llevas mi apellido y yo no puedo consentir tu deshonra. Tú me dices quién fué. De mi cuenta corre que se case contigo, aunque se oculte en el fondo de la tierra.

MARIA.—¿Qué dices? No, eso no; eso nunca, jamás; casarme, jamás. Fuí su presa un momento, no quiero ser su esclava toda la vida. Sola, sin ti que no te merezco; pero él sin mí, que no me merece, que me recordaría toda la vida, qué horror, la locura y la pena de haberte perdido.

JAVIER.—Pero si quien está perdida eres tú. ¿N comprendes que por el honor de la familia no pue des tolerarlo? ¿Que tu padre es un pobre viejo, qu tendrás un hijo?

MARIA.—Mío, mío, sólo mío, y ese será mi únic orgullo.

JAVIER.—¿Orgullo dices? ¿Estás loca?

MARIA.—Orgullo y razón de vivir. Ser madre, pa dre, ama, niñera; serlo todo para la criatura de m entrañas, que no puede ser el hijo de un miserabl que no tiene padre, que no lo tuvo nunca, que mío, mío, mío. Déjame, Javier, déjame.

FRAN. *(Que habrá salido tembloroso a las últi mas palabras.)*—Déjala, sí.

JAVIER.—¡Tío Francisco!

MARIA.—¡Padre! ¡Dios mío, perdón!

JAVIER.—¿Pero estaba usted...?

FRAN.—Oyendo mi afrenta, mordiéndome de r bia; pero más vale así. Levanta, María Luz. Y *(a Javier)*, vete; sal de esta casa ahora mismo para siempre.

JAVIER.—Yo no puedo tolerar...

FRAN.—Aquí quien no tolera soy yo, y quien ca tiga y quien vela por su honor.

JAVIER.—Yo le diré a mi padre...

FRAN.—Que se vaya de aquí contigo y con vu tras riquezas: que Dios sabrá quién merece llama Hidalgo, si vosotros o yo. Vete, vete... *(Javier h mutis sin hablar.) (Dirigiéndose a María Luz.)* Y t

MARIA.—Tienes derecho a todo; perdóname.

FRAN.—Y a matarte también, porque manchaste mis canas y te olvidaste de mí. Te maldeciría; pero no, no puedo, me llenas de vergüenza; pero eres mi hija...

MARIA.—¡Padre!

FRAN.—Eso soy, tu padre, qué remedio, y si no supe cuidarte antes, ahora, como padre, te debo amparo.

MARIA.—¿Sí?...

FRAN.—Y te consuelo y te defiendo, y si no quieres casarte no te casas; pero no estás sola, estás aquí, conmigo, en mi casa, en tu casa, en mis brazos, y tendré un hijo más, el tuyo, y mi amor para los dos y Dios sobre todos, hija mía.

MARIA. *(Cayendo en brazos de su padre.)*—¡Papá, papaíto! *(Quedan abrazados los dos en el centro de la escena.)*

ESCENA VIII

DICHOS. El PADRE JUAN, por la corraliza. Luego MIGUEL y MOZAS y MOZOS, por el foro.

P. JUAN. *(Traerá la sotana sucia de tierra.)*—¡Paco, María Luz!

FRAN.—¿Tú? ¿Estabas aquí?

P. JUAN.—He escalado las tapias, he entrado por el corral, para que no me vieran venir a tu casa ¿Qué has hecho, Paco? Todos los obreros están contra ti, todo el pueblo se levanta contra ti. ¿Qué has dicho?

FRAN.—¡Qué sé yo! ¡Aquí me encontrarán!

MARIA.—¡Ay, padre Juan!

P. JUAN.—¡Loco! Aquí ya no puedes estar. Habréis de iros del pueblo los dos, dejar esto... *(Murmullos dentro. El padre Juan va hacia el foro.)* ¿Oyes? Vienen hacia acá; vienen locos, ebrios. *(Gritos muy lejanos.)* (¡Muera Francisco Hidalgo! ¡Muera, muera!)

MARIA.—¡Padre Juan, huya usted, que no lo encuentren aquí!

P. JUAN.—No, aguarda. *(Las voces se acercan con un rumor de marea que crece. Hidalgo se cruza de brazos en primer término izquierda.)*

MARIA.—Estamos perdidos. Esta casa está manchada, padre; es la casa del pecado.

P. JUAN. *(Bajando solemne desde el foro.)*—Que yo absolví. Calla. Todo lo he adivinado. Ministro del Señor en la tierra soy; pero no para ejecutar su justicia, que es sólo de Él, sino para prodigar su piedad infinita, que es de todos los humanos.

MIGUEL *(Por el foro. Llega desolado.)*—¡Don Paco de mi alma, escóndase usté. No le han entendido, vienen locos, están enfurecidos. Usté, padre, por Dios, quítese de en medio.

P. JUAN.—Yo aquí, aquí, a impedir que esos salvajes...

FRAN.—Cierra, Miguel, nos defenderemos. *(Miguel corre a cerrar.)*

P. JUAN.—¡No; hay que salir, debéis iros. Venid conmigo, conmigo; a mí me respetarán; luego, veremos. Ahora venid, así, como estáis. Dios me ilumina, Dios nos ampara. Venid conmigo a su iglesia, a su casa, a la casa de Dios. *(Un cristal de la claraboya se rompe y una piedra hiere al padre Juan, que se lleva las manos al rostro y cae desplomado. Suenan pedradas en la puerta y gritos de ¡Muera Francisco Hidalgo! ¡Muera el traidor!)*

MARIA. *(Acudiendo al herido.)*—¡Jesús!

FRAN.—¡Jesús! Juan, ¿qué es eso, Juan?

MIGUEL.—¡Maldita sea! ¡Padre, padre!

P. JUAN. *(Queriendo incorporarse.)*—No es nada. ¡Todo sea por Dios! *(Se incorpora, al fin, con la cara llena de sangre.)*

MARIA.—¡Herido, herido!

MIGUEL.—¡Maldita sea! *(Corre a la puerta, que abre, y grita a los mozos y mozas que hay allí, los cuales se separan asustados. Le dejan paso y corren tras él.)* Atrás, atrás; habéis herido al padre Juan. *(Corre lejos gritando hasta perderse.)* Habéis herido al padre Juan.

P. JUAN. *(A Paco, que quiere limpiarle el rostro con un pañuelo.)*—No, deja que vean mi sangre esas

fieras. *(Se desabrocha y saca del pecho un pequeño crucifijo de bronce y madera.)* Vamos, vamos.

MARIA.—¡Padre Juan, no!...

P. JUAN.—Vamos. *(A otro grupo de mozos que ya se agolpa en la puerta les dice, blandiendo como un arma el crucifijo.)* ¡Atrás, atrás! Paso digo, asesinos, paso. En el santo nombre de Dios, paso. *(Se abre el grupo y salen los personajes. Dentro se oyen gritos en que la furia se va trocando en dolor.)*

VOCES.—Han herido al padre Juan, al santo del pueblo. ¡Misericordia, Jesús, Jesús! *(Más lejos, perdiéndose las voces.)* Han herido al padre Juan... Han herido al padre Juan.

EPÍLOGO

Una habitación, comedor salita y despacho a la vez, en un pisito modesto, en Madrid. Puerta al foro, a la derecha, que da a un pasillo. Es la entrada de la calle. Derecha, segundo término, puerta a las habitaciones interiores. Izquierda, en medio del lienzo de pared, ventana a la calle, con antepecho y un alféizar, y en él unas mantas. En primer término derecha, una mesa camilla. En primer término izquierda, adosada a la pared, una mesita escritorio. En la pared del fondo, a la izquierda del foro, un aparador. En el rincón de la izquierda, un musiquero y el violonchelo de FRANCISCO HIDALGO en su caja. En el ángulo de la derecha, una máquina de coser, de pie si es posible. Todo muy modesto; pero limpio, muy limpio y nuevo.

ESCENA PRIMERA

Es mediodía, y en la pared, muy visible al público, un calendario exhibe el marbete con la fecha 18 de *Mayo, Lunes.*—NICANORA, junto a la mesa, pone un paño y lo dispone todo como para planchar con una plancha eléctrica que tiene a mano en la mesa, enchufada en la pared. MARIA LUZ da las últimas puntadas en la máquina a un traje de señora.

MARIA.—¡Vaya, esto ya está listo!

NICA.—¡Gracias a Dios! Trae, trae que le pase la plancha.

MARIA. *(Se acerca poniéndose ante el pecho el traje como si se lo probara.)*—¿Ves? ¡Ha quedado monísimo! ¡Quién me iba a decir que aprendería tan pronto!

NICA.—Lista que eres pa todo. A ver... *(Se dispone a planchar.)*

MARIA.—No, mujer, no; el plisado no, que está hecho a máquina y no se puede planchar. Las man-

gas un poquito, y... ¡aguarda! *(A la escucha.)* Creo que llora mi monigote... *(Mutis derecha.)*

NICE. *(Planchando)*—¡Señor, Señor! *(Sigue planchando. Una pausa.)*

MARIA. *(Vuelve a salir.)*—No llora, no. ¡Figuraciones mías! Duerme el infeliz, con un sueño más dulce... Me he venido corriendo para no despertarlo a besos. ¡Pobrecito mío!

NICA.—¿Y ahora? *(Por el vestido.)*

MARIA.—Ahora lo envolvemos... *(Trae unos papeles del aparador)* y a entregarlo a escape. *(Nicanora se dispone a envolver.)* Si tú eres tan buena que lo lleves. Es aquí, a un paso, en la calle de la Montera... Trae, trae, que tú no te das maña. *(Lo envuelve.)*

NICA.—¡Hay que ver! Tiés unas manos que son un asombro. Pensando estoy en el día que pusieras un taller en el pueblo...

MARIA.—¡Ay!

NICA.—Doña Filomena iba a ser la primera en la propaganda. ¡Con lo que la gustan los trapos!

MARIA.—¡Sí, como no venga a Madrid Filomena, me parece que trajes cosidos por mí no se va a poner ninguno! Vaya, esto... *(Suena la campanilla.)*

NICA.—Llaman. Voy a ver. *(María Luz, mientras tanto, pone unos alfileres en el paquete. Nicanora, dentro.)* ¡Padre Juan!...

MARIA.—¿Eh?

ESCENA II

DICHOS y el PADRE JUAN, por el foro, con NICANORA

MARIA.—¿Cómo tan temprano, padre Juan?

P. JUAN.—¡Ah, una sorpresa!

MARIA.—¿Para mí?

P. JUAN.—Para... para el Hidalgo, y... acaso para ti también. ¿Pero ibas a salir?

MARIA.—No; amita Nora va a entregar un trabajo que debió estar el sábado. No hay más remedio; hay que vivir, es decir, hay que trabajar, que todo es uno y lo mismo. *(A Nicanora.)* Toma. Montera, 46, segundo. Señora de Crespo Díaz.

NICA.—¿Han de pagar?

MARIA.—Como quieran, mujer. No pidas nada, que es muy buena cliente. Tú lo dejas, y si te dan...

NICA.—Te lo traigo... *(María Luz sonríe.)* Con permiso, padre. *(Mutis por el foro. El padre Juan se sienta.)*

MARIA.—¿Hay algo de nuevo, padre Juan? Es la primera vez en tanto tiempo que viene usted por la mañana. Aquí no puedo ofrecerle a usted leche de la Pulida. ¡¡Pobre cabrita!!! Me acuerdo más de ella...

P. JUAN.—¿De ella nada más?

MARIA.—Nada más. *(Pausa.)*

P. JUAN.—¿De veras, en tanto tiempo, no te ha escrito nadie?

MARIA.—Nadie, padre. *(Pausa.)*

P. JUAN.—Y tú... ¿sigues muy triste?

MARIA.—Pché... cada día menos, padre. Se acostumbra una. Alegre, alegre como el que tiene sin mancha la conciencia, no estoy, ni sería natural; pero triste tampoco. La conformidad no es tristeza, y la tristeza ofende a Dios.

P. JUAN.—Así es, hija mía.

MARIA.—Cuando veo esas gentes que se lamentan y lloran, y maldicen a todas horas de su suerte, y tienen así como la vanidad de sus sufrimientos, como si nadie más que ellas sufrieran el mundo, no sé, me parece como que merecieran su desgracia...

P. JUAN.—Así es, hija mía, así es. Como que la lamentación es al infortunio lo que el acero a las tempestades: atrae.

MARIA.—Y después de todo ¿qué? ¡Es tan corta la vida! A mí un sólo pecado me parece que me limpió de todos para lo futuro. Por lo menos me preservará de ellos. De esta vida poco espero ya: ver crecer a mi hijo. Cuando menos lo piense él será un hombre y yo una vieja, y después...

ESCENA III

DICHOS y FRANCISCO HIDALGO, por el foro.

P. JUAN. *(Viendo a Francisco en el foro.)*—¡Caramba, el Hidalgo!

MARIA.—¡Papaito!

FRAN.—El hidalgo sigiloso *(deja un paquetito en la mesa)*, que llega con su llavín y sorprende los coloquios. *(Besa a su hija.)* ¡Padre! *(Besando la mano de Juan.)* Para ti también hay... un ósculo. De otra clase, claro. Como que son muchas las clases de besos. El de padre, el de hijo, el de amante, el de respeto, el de hermano y el de Judas.

P. JUAN. *(Sorprendido.)*—¡Hombre, hombre! Ya pareció aquéllo. ¿Vienes contento?

FRAN.—¡Como unas castañuelas! Es decir, no, como unas castañuelas es poco; como una orquesta que tocase la *scherezade* de Rimisky Korsakoff.

MARIA.—Y eso, papaito...

FRAN.—¡Ah, de orquesta se trata! Agárrense. ¡Que soy ya segundo violonchelo de la Sinfónica. Anoche estaba en el café donde toco el director de la Sinfónica, me oyó un solo, y mientras aplaudían todos hasta con las cucharillas, vino a mí, y estoy contratado para ocho conciertos. ¡Y los ensayos cobrando! No voy a aprender nunca.

MARIA.—¡Ay, papíto!

FRAN.—¡Dios es grande, chiquilla!

P. JUAN.—¡Mucho!

FRAN.—Y mientras tú pones tu aguja, la de coser, que la de marear nunca supiste manejarla, y yo pongo mi arco... Dios pone todo lo demás, y ¡viva la vida!

P. JUAN.—¿Conque echamos raíces aquí, eh?

FRAN.—Viejo es el árbol para trasplantarlo; pero las echa, ¿por qué no? He vuelto a la juventud y revivo en Madrid las horas y los días en que vivió la madre de ésta. Nos ganamos el pan, el pescado y los vegetales, y los domingos hasta me voy a pescar a la Casa de Campo... ¡Tú verás!

MARIA.—Bueno; yo, con permiso, voy a darle su almuerzo a mi príncipe.

P. JUAN.—Anda, anda... Son las doce y diez.

FRAN.—Aguarda. *(Deshaciendo el paquetito.)* Toma, dale también esto. *(Es un sonajero.)* ¡Que coma con música, que vaya aprendiendo!

MARIA.—¡Que papá! *(Mutis derecha.)*

ESCENA IV

El PADRE JUAN y FRANCISCO HIDALGO. A su tiempo, MARIA LUZ por donde se fué.

FRAN. *(Canturreando.)*—"Ay mamita del alma mía, yo no sé lo que va a pasar..."

P. JUAN.—¿Me puedes escuchar un poquito en serio, Paco?

FRAN.—¿Es un exorcismo?

P. JUAN.—Es en serio, Paco.

FRAN.—Ya estoy más serio que un burro.

P. JUAN.—¡Bueno! ¿No has recibido carta alguna de allá?

FRAN.—Ni ganas.

P. JUAN.—¿De manera que nada sabes?

FRAN.—Sí; que mi hermano quiso dirigir el taller, que la pusieron a la pobre herrería un nombre entre mitológico y de opereta: "La Fragua de Vulcano", que aquello va de mal en peor, que Javier se fué a viajar por Europa y ha vuelto hace un mes... Cosas que me cuenta Nicanora, que es quien recibe noticias y escribe desde aquí embustes...

P. JUAN.—¿Embustes?

FRAN.—Sí; lo primero que le escribió a doña Fi-

lomena, ¡la gaceta, figúrate!, es que mi pobre hija se había casado aquí al llegar, y luego que enviudó de pronto, pues al marido se lo habían matado en Melilla. ¡Figúrate!

P. JUAN.—Con su cuenta será. A lo mejor, mentira piadosa. Como allá nadie sabe lo cierto, porque Javier Hidalgo, en eso lo ha sido, no me lo puedes negar, hidalgo, no lo dijo a nadie... Y a propósito. *(Mira el reloj.)*

FRAN.—¿Tienes prisa, que miras el reloj?

P. JUAN.—Mido en poquito mi tiempo. A propósito... de los embustes de Nicanora, ¿quieres hacerme el favor de decirme tú a mí que María Luz es viuda?

FRAN.—¿Que te diga yo a ti que María Luz es viuda?

P. JUAN.—Sí, por favor, dime que María Luz es viuda.

FRAN.—No te entiendo.

P. JUAN.—Verás. El obispo, ¿comprendes?, que sabe de mis visitas constantes a tu casa, se ha dejado caer ya con dos o tres preguntitas, ¿entiendes? Voy a decirle que tú me has dicho que María Luz es viuda; pero para decírselo necesito que tú me lo digas, en efecto, para no mentir. *(Pausa breve. Francisco lo mira asombrado.)* Verás: En una ocasión, un fraile capuchino vió pasar por su lado a un ladrón y asesino, a quien perseguía la justicia. Por caridad, hermano, le rogó el fugitivo, no diga usted

que me ha visto. Los guardias interrogaron luego al fraile, preguntando: ¿Ha pasado por aquí el ladrón, padre?... Y el fraile, que no quería ser delator y no podía mentir, dijo, a la vez que metía las manos en las holgadas mangas de sus hábitos... por aquí... por aquí... ¡no ha pasado! *(Pausa breve.)* ¿Entiendes?

FRAN.—¡Mi hija María Luz es viuda, Juan! *(Rompe a llorar de pie y el padre Juan lo estrecha en sus brazos.)*

P. JUAN.—Y ahora, óyeme. *(Mira su reloj.)* ¿Cuánto tiempo hace que dejamos tu casa?

FRAN. *(Mira el calendario.)*—18 de Mayo. Once meses hoy. Cuento los días y no se me olvida. ¡Qué horror! Y más que la incomprensión de ellos fué mi dichoso hermano el más culpable...

P. JUAN.—Calla, calla. Nunca he querido hablarte de allá. Pero ahora, hoy...

FRAN.—Hoy, ¿qué?

P. JUAN.—Todos aquellos incidentes no tuvieron para mí más inconveniente que una pedrada...

FRAN.—¡Pobre amigo Juan!

P. JUAN.—¡Bah! Curó pronto y ni siquiera dejó señal. Me suspendieron; pero interrogado por el obispo, cuando supo la verdad, me mejoraron, y aquí me tienes, en la capital... Yo he mejorado, y el mal fué para mí un bien; pero tú, aunque quieras echar raíces, no puedes olvidar tu rincón, que tanto amabas. Dime, ¿consentirías en volver?

FRAN.—¿Volver yo?

P. JUAN.—¡Tú, sí! Si los obreros de tu taller, del taller que tú fundaste, te reclamaran...

FRAN.—No me reclaman...

P. JUAN.—Pero ¿si te reclamaran... si te pidieran que salvaras aquéllo?

FRAN.—¿Y mi hermano?

P. JUAN.—De eso precisamente me importaba hablar.

FRAN.—Contigo, bueno. Con él no podría entenderme.

P. JUAN.—¿Por el acento? ¿Crees tú que unas eses silbadas y unas ces pronunciadas como si fueran eses, y algunos modismos, manchan la sangre de las venas, que es la misma que tú llevas? Sigue siendo tu hermano, y aunque no lo fuera, tu semejante, tu prójimo, criatura de Dios.

FRAN.—Es el indiano.

P. JUAN.—El indiano que va a continuar sin armas la heroica gesta de los conquistadores. El indiano que riega con su sudor la tierra extranjera mordido por la nostalgia de la suya, en la cual sueña para volver a descansar.

FRAN.—Mi hermano volvió para oponerse a mí, para echarme a mí.

P. JUAN.—¡Ay, Paco, yo tengo el deber de despertar las conciencias! Tu hermano volvió con su dinero para su tierra, para tu industria; ha fundado escuelas en el pueblo; no te entendió acaso porque tus prejuicios y tu prevención contra él por la nimie-

dad del acento os distanciaron. Pero es tu hermano y pudiera ser el primer convencido de sus errores y de tu utilidad...

FRAN.—Y mi pobre María Luz con la afrenta de un hi...

P. JUAN.—Chist, calla; María Luz es viuda, todos lo creen allá, y tú me lo has dicho, y tú no mientes.

FRAN.—Pero Juan, Juan, ¿por qué me hablas ahora de esto?

P. JUAN.—Chits, aguarda. ¿Si tocaras el violonchelo se oiría en la calle?

FRAN.—¿Quieres no desconcertarme más? ¿Por qué me preguntas?...

P. JUAN.—¿Se oiría en la calle?

FRAN.—No; pero...

P. JUAN.—¿Ni con la ventana abierta?

FRAN.—No. Está muy alto; pero...

P. JUAN.—Deja entonces que yo me asome...

FRAN.—Juan, te suplico por lo que más quieras, si has de darme un dolor o una alegría...

P. JUAN.—¡Una alegría! Porque eres un hombre bueno y sin rencor, lo sé. ¡Una alegría! Y va a ser ahora mismo. Pero tú quieto, allí. Aguarda... *(Abre la ventana y se asoma. Luego cruza la escena y llega a la puerta de la derecha y llama.)* ¡María Luz!

FRAN.—¿Qué vas a hacer?

P. JUAN.—Calla. ¡María Luz!

MARIA. *(En la puerta.)*—¡Padre!

P. JUAN.—Te dije que preparaba una sorpresa

para tu padre y acaso para ti... Ahora va a ser. Pero tú aguarda allí dentro y no salgas mientras no te llamen.

MARIA.—Está bien. *(Mutis. Dentro suena la campanilla.)*

FRAN.—Juan, me quieres decir...

P. JUAN.—Quieto... quieto... *(Hace mutis a abrir.)*

ESCENA V

FRANCISCO HIDALGO, el PADRE JUAN, JOSE HIDALGO y JAVIER HIDALGO, por el foro. JOSE, afeitado y sencillo, sale primero. JAVIER, detrás, se queda un poco en segundo término. El PADRE JUAN, el último.

JOSE.—¡Hermano Francisco! *(Abriendo los brazos. Francisco cae en sus brazos y quedan los dos hermanos largo tiempo abrazados.)*

JAVIER.—¡Tío Francisco! *(Le tiende la mano, que Francisco estrecha.)*

FRAN.—Déjame que te vea... ¿Eres tú?

JOSE.—Yo, hermano. Y si me oyes hablar más yo y más tuyo voy a pareserte. Todavía me silban un poco las eses, qué remedio; pero ya voy hablando otra vez, poco a poco, como tú y como todos. Voy siendo de mi Castilla.

P. JUAN.—A olvidar nimiedades. De acá o de allá, con uno o con otro acento, todo es España y de España sois todos...

FRAN.—¡Y tú eres tan Hidalgo como yo!

JOSE.—Así es; y no creas que vengo a despedirme.

FRAN.—¿No? Pues yo creía...

JOSE.—Este se va, tiene que irse, yo no. De allá vendrán los míos, todos, y todos nos quedaremos aquí. Me iba sintiendo desconocido en mi propia patria y me ha dado pena. Si me fuese otra vez... *(A Francisco, que quiere interrumpirle),* atiéndeme, hermano, quién sabe si me fuese otra vez... al volver, ya muy viejo, acaso yo no reconocería la torre de mi lugar; los míos ya no me entenderían; los perros me ladrarían por detrás de las tapias asustados, como se ladra a un ladrón. ¡No quiero, no quiero!

P. JUAN.—Y hace bien. Dichoso el que no sale nunca de su lugar. El hombre de los montes que no ha visto nunca el mar. Mejor que el egoísta, *ubi bene, ubi patria,* en tierra extraña, es poder repetir, sin interés, por goce de amor, en su propia tierra, como Horacio en Tarento, *angulus ridet,* este rincón me sonríe.

FRAN.—Muy bien, Juan; pero siéntate... *(A José.)* Sentaos...

P. JUAN.—No, no, a mí me dejáis ir...

FRAN.—¿Por qué?

JOSE.—Padre Juan...

P. JUAN.—He cumplido la misión que me habíais confiado y que convenía a mi carácter sacerdotal. Ya nada tengo que hacer aquí y no debo importunaros...

FRAN.—¿Importunar, tú?

JOSE.—Padre Juan...

P. JUAN.—Vais a hablar de vuestros negocios, de asuntos de familia... *(A José y Javier.)* Aún iré a la estación a despediros... *(A Francisco.)* A ti y a María Luz ya os veré mañana. Me voy confiado en que todo ha de salir a la medida de mi deseo. No necesitáis prédicas; toda la vida es esto: olvidar y perdonar...

JOSE.—Hasta luego, padre Juan, que vaya usted a la estación... ¡y gracias! *(Le da la mano.)*

JAVIER.—Hasta luego, padre.

FRAN.—Gracias, yo también.

P. JUAN.—Quita, quita... no vale la pena... Aún te veré... y cuando estéis lejos todos, en amor y compañía, como a Dios se lo pido, pensad en que aquí queda un buen amigo para recordaros y un pobre cura para rogar por vosotros. *(Mutis por el foro. Francisco lo sigue.)*

ESCENA VI

JOSE HIDALGO, JAVIER HIDALGO y FRANCISCO HIDALGO, que vuelve.

FRAN.—Noble viejo, este Juan ¡Es un santo! Pero sentaos, sentaos... *(Javier y José se sientan.)* Bueno, y ¿en qué quedamos *(a José),* tú te vas o te quedas...? Porque Juan dijo iré a despediros...

JOSE.—Yo no me voy más que hasta Cádiz, no más, a embarcar a éste y regreso. Este se va... por...

JAVIER.—Porque debo irme, tío Francisco.

FRAN.—Si tu padre se queda en España y viene la familia de allá, no comprendo...

JAVIER.—Por favor, compréndame usted, tío. Yo le ruego que no me hable de imposibles dolorosos. He rodado por Europa, aturdiéndome, queriendo olvidar a María Luz; sólo he conseguido perdonarla.

FRAN.—Entonces...

JAVIER.—No es lo mismo, tío. Perdono, sí; puedo sentir por mi prima todas las consideraciones, todas las bondades, todas las ternuras... Quererla como la quise, para lo que la quería, para hacerla mi mujer... eso... ¡ya no! Y no es un sentimiento de honor ofendido; no, no es eso... es... no sé... algo físico, una imposibilidad material... ¡no puedo! Sería capaz de

comprender, de explicarme... lo inexplicable, lo que nadie pudiera entender, el porqué de su traición, la razón de su falta. Amarla... ¡ya no!... Me han enturbiado el agua, ¡y ya no puedo beberla!

FRAN.—Calla, calla. Comprende también que no me es agradable oirlo. Yo nunca te dije nada. Me resigné, me resigno. *(Pausa.)*

JOSE.—Bueno, pues, hermano. Vamos a lo inmediato. Antes de contestarme, lee. Esto te enterará mejor. Miguel me dió estas cuatro letras para ti, ¿no?

FRAN.—¡Miguel!

JOSE.—Sí, cómo no. Léelas ahorita, léelas. A mí me contestarás.

FRAN. *(Lee en silencio y se interrumpe.)*—¿Que lleva un mes cerrado el taller? ¿Tan mal está todo allí?

JOSE.—Está pior, hermano. Yo he perdido toda influencia. Sin ti... se acabará el taller. Pero sigue, sigue...

FRAN. *(En voz alta.)*—"Con usted contamos todos. Con usted cuento yo. No lo entendieron entonces, ahora ya lo han entendido por mí, que cuando usted faltó bien claro vi que se habían ido de nuestro lado el entendimiento y el corazón." *(Deja de leer.)* ¡Ah, Miguel, pobre muchacho! No me ha olvidado.

JOSE.—¿Te vendrás conmigo, hermano? Para trabajar contigo, me quedo; para que vuelvan a quererme los míos. Se hará lo que tú quieras; aún tengo

capital allá, lo traeré, nos defenderemos, haremos un gran taller...

FRAN.—No, no más grande de lo que era, y que no se construyan puñales ni navajas...

JAVIER.—Usted perdone, tío; pero esa es la fama del taller...

FRAN.—Fama que se amasa con sangre no la quiero...

JOSE.—Pero, hermano, ¿eres tú acaso el que hiere con las armas que tú construyes?...

FRAN.—Indirectamente, sí, y ni indirectamente quiero herir, porque si nadie tuviera intención de herir las navajas no se venderían, y si no hubiera navajas costaría más trabajo herir. La paz armada es un error, porque su industria específica es... ¡la guerra! Nuestra industria también sería que se mataran, que riñeran los hombres... No quiero construír puñales. Las navajas... no son armas de hidalgo. No me contraríes.

JOSE.—Como quieras, pues, hermano. Pero ¿te vendrás conmigo?

FRAN.—Aguarda. Ese título pomposo y ridículo de "La Fragua de Vulcano". debe desaparecer. Una muestra sencilla, ni orgullosa ni humilde, nuestro apellido: Taller de Hidalgo, Hermanos, y nada más. No Hidalgo Hermano, que es la justa razón social, sino hermanos, en plural, como para decirnos a nosotros mismos siempre, no que Hidalgo y su hermano

son propietarios, sino que los Hidalgo son eso... ¡hermanos!

JOSE.—De acuerdo.

FRAN.—Y la dirección del taller, a Miguel.

JOSE.—A ti, pues, hermano.

FRAN.—No. Yo estoy ya viejo; a Miguel, bajo mi inmediata vigilancia; pero a Miguel. Yo le enseñaré, yo le aconsejaré... Miguel es el hijo de mi espíritu.

JOSE.—Pero yo soy el hermano de tu sangre... Dime ya que sí, pues, hermano... Sólo por eso he venido; tú eres la esperanza. Dime que sí.

FRAN. *(Levantándose, le tiende la mano.)*—Sí, hermano. *(José le quiere besar la mano.)* ¡Qué haces, loco!

JOSE.—Loco estaba. Me trastornó mi plata. Perdóname; ya me estoy volviendo cuerdo. Gracias, hermano.

JAVIER.—Por el bien que le hace usted a mi padre, gracias también mías, querido tío. Y ahora, ya es tarde, tengo que hacer unas compras, y salimos hoy mismo para Cádiz.

FRAN.—¿Ahora?

JAVIER.—Ahora, sí, por eso...

FRAN.—Espera. ¿No quieres decirle adiós a tu prima?

JOSE.—Hermano...

JAVIER.—Tío Francisco, yo le ruego...

FRAN.—¿No me dijiste que eras capaz de todas las bondades y de todas las ternuras? ¿Qué sino ter-

nura y bondad es lo que te pido? Di adiós a tu prima, no a tu ex novia, a tu prima. Ten... el valor de tus deseos, que lo estás deseando... *(Va a la puerta de la derecha.)* ¡María Luz! ¡María Luz, hija!

ESCENA ULTIMA

DICHOS y MARIA LUZ, que sale y se queda de piedra en el umbral.

MARIA.—Pa... ¡Dios mío! *(Pausa. Emoción.)*

JOSE.—¡Qué has hecho, pobrecita, qué has hecho!

FRAN.—Aguarda. Tu tío José, el hermano de mi sangre, ha venido y ya está cerca de mi corazón. ¿Qué haces tú, María Luz?

MARIA. *(Avanza bien hacia él.)*—¡Tío! *(Muy despacio.)*

JOSE.—Sobrina de mi alma. *(Le coge la cabeza entre las manos y le besa la frente.)*

FRAN.—Tu primo Javier, que no es más que eso, ¿entiendes? Tu primo... se va a América hoy y viene a despedirse de ti... Debe despedirse de ti... ¡Debéis despediros! *(María Luz y Javier se abrazan. Ella se suelta y pasa llorando, sin sollozos, a la mesa.)* ¡Así! Y ahora *(A Javier.)*, viaja, vive... ¡Olvida! ¡Olvida más! Ya oiste al padre Juan; la vida no es más que

eso: perdón y olvido..., y si algún día piensas que perdonar no afrenta..., que Dios perdona..., que un pecado, un solo pecado sin crimen no puede manchar para toda la vida, y tienes ansias de piedad, de paz y de amor, y quieres volver... No luches *(Le pone una mano sobre el hombro.)*, vuelve..., ¡te esperan! *(Lo abraza con la izquierda y llama a su hermano con la derecha. José acude.)* Todo será agregar unas letras a la muestra del taller de los hermanos Hidalgo. Será de todos, y se llamará: Hidalgo, Hermanos y Compañía... *(María Luz cae en la mesa llorando fuerte. Los tres hombres, abrazados.)*

TELON



Precio: 3 ptas.

IMP. SÁEZ HERMANO
NORTE, 21.—MADRI